Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Los almorávides

S. Abboud, M. J. Viguera, A. Turk y J. Vernet

56

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-29311-1996

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas.,
sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En la portada, musulmanes en una caravana de época almorávide (miniatura de un manuscrito del siglo XII, Biblioteca Nacional, París). Aquí, un dibujo del anverso y reverso de un dinar de oro de 1109/10, acuñado en Córdoba en época de Ibn Bassam

Consolidaron los bereberes Sinhaya en el norte de Africa, desde mediado el siglo XI, un Imperio que por su orientación religiosa ortodoxa, defensora de los valores espirituales y a la vez de los territorios del Islam, se denominó de los almorávides.

Su instalación en al-Andalus fue conjunción de dos factores complementarios: la fuerza expansiva, propia del movimiento almorávide, y la urgencia sentida por los andalusíes de contrarrestar la permanente ofensiva de los reinos cristianos. Así llegan, en 1086, un año después de la toma de Toledo por Alfonso VI, y tras comprobar la inseguridad de la fragmentación en los existentes reinos de taifas, empiezan a conquistarlos, desde 1090 (primero, Granada) hasta 1116 (las Baleares).

Los almorávides dominan al-Andalus con sus ejércitos y con la colaboración de los letrados andalusíes, pero esas tropas traídas del Magreb no logran contener los avances cristianos y en las gentes de al-Andalus pronto rebrota la berberofobia, cuando advierten la decadencia doctrinal, política y militar de los almorávides, sobre todo desde la segunda década del siglo XII. Alzándose contra este Imperio, minado además en el Magreb por los almohades, los andalusíes se alzan de nuevo en taifas, desde 1142, hasta ir pasando al dominio del nuevo Imperio magrebí, de los almohades.

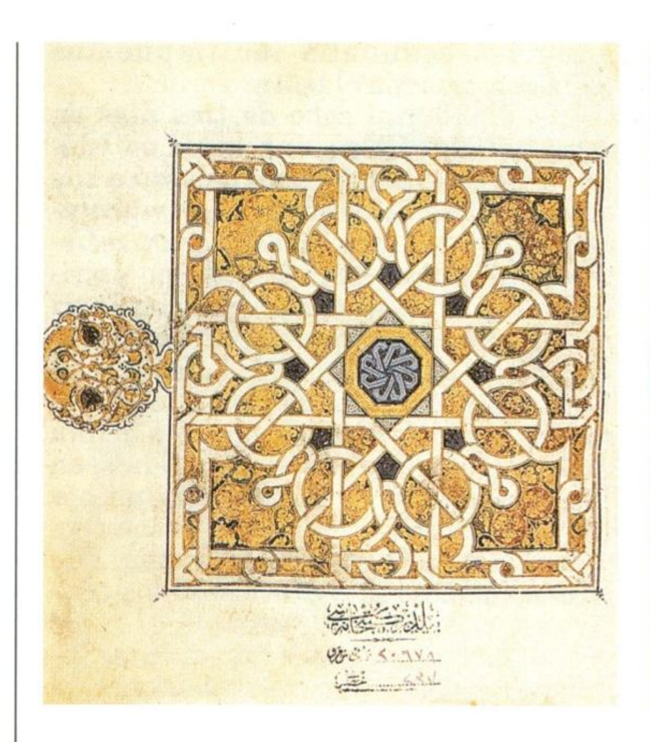
Junto a tanta inestabilidad política y militar, se aprecia en al-Andalus un esplendor cultural y científico, un amplio desarrollo urbano y una notable pujanza económica.

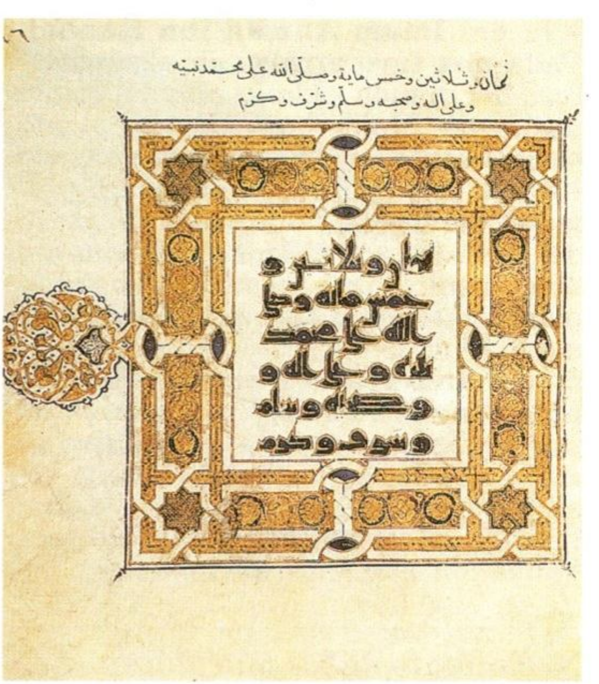
Ideología guerrera y ortodoxa

Por Soha Abboud Haggar
Arabista. Universidad Complutense de Madrid

La cuna del movimiento almorávide fue el extremo occidental del norte de Africa, al sur del actual Marruecos, y en su vertiente atlántica, en la desembocadura del río Senegal aproximadamente; por el este, se extendía hasta la actual Argelia. Surgió entre los miembros del grupo tribal de los Sinhaya, que se repartía la influencia en la zona con los Masmuda, principalmente, y con los Zanata. La islamización del extremo Noroeste de Africa, o *al-Magrib al-Aqsa,* la llevaron a cabo, a mediados del siglo VIII, las oleadas musulmanas que más tarde penetraron en la Península Ibérica, y siguió un proceso lento y desigual que introdujo la nueva religión con sus tres sectas principales: la sunní u ortodoxa, la *si'i,* partidaria de Alí, yerno del Profeta Mahoma, y la jariyí, cuyos adeptos se apartaron de las dos mencionadas. Como los almorávides siguieron la escuela sunní, en este trabajo sólo se hará referencia a esta doctrina que se fundamenta en tres pilares: *al-Corán,* la *Sunna* o tradición del Profeta Mahoma transmitida por los *Hadices* (relatos de todas las opiniones y actuaciones del Profeta y de sus compañeros), y el *Ichma* o consenso universal entre los musulmanes.

La interpretación de estas fuentes doctrinales dio lugar al desarrollo de varias escuelas religiosas que, sin discrepar sobre los principios dogmáticos, sí se diferencian en los aspectos rituales y legales; de estas escuelas o *madahib,* cuatro son las más extendidas: la del Imam as-Safií, la del Imam Malik ibn Anas, la del Imam Abu Hanifa





Arriba, dos páginas de Corán almorávide, caligrafiadas hacia 1143 (Museo de la Universidad de Estambul). El mapa da idea de la gran extensión que alcanzaría el Imperio almorávide, que aún ampliaría sus fronteras con la conquista de buena parte de la Península Ibérica

Océano
Atlántico
Mar
Mediterráneo
Argel
Nedroma
Fez
Tremecén
Marrakech
Chichawa
Siyilmasa
Agmat
Zagora
Tamdult
CALIFATO FATIMI
IMPERIO ALMORAVIDE
Azuki
Audagust
Gana
Gao
Tribus sinhayas
Río Senegal
Río Níger
REINO DE NUBIA

El Imperio Almorávide en 1086, en vísperas de su intervención en la Península Ibérica.

- ● Ciudades magrebíes de tiempos almorávides
- ■ Mezquitas almorávides
- * Otras construcciones almorávides

y la del Imam Ahmad ibn Hanbal. Cada una tuvo arraigo en algunas áreas del mundo islámico. La del Imam medinense Malik ibn Anas se implantó parcialmente en Egipto y sobre todo en Ifriqiya (actual Túnez), donde un grupo relevante de alfaquíes —a la cabeza del cual destacó el Imam Sahnun (m. 854) con su obra *al-Mudawwana*— mantuvo siempre la llama del malikismo encendida en sus centros de enseñanza, preparando a decenas de discípulos que la introdujeron en todo el Oeste y el Sur de Africa; al-Andalus siguió también la escuela malikí que fue el rito oficial desde la época de Hisam I; entre sus primeros imames destaca Yahya ibn Yahia al-Layti (m. 848).

Nacimiento de los murabitun

Hay que resaltar que la forma de profesar el Islam las poblaciones del Magreb al-Aqsa fue, en los primeros siglos bastante superficial, que se limitaba al mero conocimiento de las fórmulas rituales, mezclada, en muchos casos, con creencias paganas y herejías. Este estado de precariedad llevó al jefe de la tribu Yudala, Yahya ibn Ibrahim, que había peregrinado a La Meca hacia el año 1035, a detenerse en Qairuán (Túnez) y pedir a su Imam, Abu Imran al-Fasi, que designara a un alfaquí para educar a sus gentes en la verdadera fe y obras islámicas.

Tras varias deliberaciones se eligió a Abdallah ibn Yasin, un joven alfaquí sanhaya, a quien las fuentes antiguas no reconocen gran sabiduría de las leyes y preceptos coránicos, pero todas le atribuyen personalidad, astucia y ambiciones políticas que le permitieron formar, hacia el año 1048, un movimiento religioso y una poderosa confederación entre los malikíes de etnia sinhaya de las tribus Banu Warit, Yudala y Lamtuna. Los objetivos del movimiento de Ibn Yasin eran: propagar la verdad, reprimir la injusticia y abolir los impuestos ilegales. Para cumplirlos, Abdallah ibn Yasin actuó como Imam y alfaquí muy severo y rígido, impulsor de un espíritu de reforma social muy estricto: ordenaba la guerra contra los heterodoxos, imponía sus opiniones legales, prohibía las bebidas alcohólicas y tener más de cuatro mujeres, castigaba con gran severidad al fornicador, al ladrón y al que descuidaba la oración; además recaudaba los impuestos legales y repartía el botín.

En el 1054, al cabo de tres días de dura batalla contra una tribu no islámica, Abdallah ibn Yasin bautizó a sus fuerzas con el nombre de los *murabitun* o *almorávides: por su gran resistencia y su hermoso valor,* como escribió el historiador musulmán Ibn-Idari en su gran obra historiográfica *al-Bayan al-Mugrib fi Ajbar al-Magreb,* al referirse al origen del movimiento bereber; Abdallah ibn Yasin les había dado este nombre por su resistencia en las penalidades de la guerra y no por haberse instruido en un *ribat,* como se viene tradicionalmente repitiendo. Fue más tarde tras el contacto con los cristianos, cuando se desarrolló *al-ribat* con su carácter monástico y militar.

Pese a excederse en sus atribuciones y a que su vida privada se alejaba de los preceptos que imponía —se conocían su inmoderada afición a las mujeres y su codicia—, lo que le supuso el rechazo de algunos alfaquíes, Ibn Yasin (m. 1059) logró dar a su movimiento un fuerte impulso reformador. Eliminó la tibieza religiosa y la heterodoxia y logró unificar el Magreb al-Aqsa con la ayuda de dos jefes de la tribu Lamtuna: Abu Bakr b. Umar y su primo Abu Ya'kub Yusuf ibn Tasufín.

Estos dos hombres consolidaron el movimiento almorávide. El primero, tras conquistar Siyilmasa, el valle del Sus, la ciudad de Agmat y poner la primera piedra de la ciudad de Marrakech, en el 1068-69, volvió su atención hacia el Sudán y el Africa Negra, introduciendo el Islam en aquellas regiones. También aseguró los logros económicos conseguidos por su confederación: el control de las rutas caravaneras de la sal de Aulil y del oro de Gana.

El segundo, Yusuf ibn Tasufín, a instancias de Abu Bakr, se ocupó principalmente del avance hacia el Noroeste de Marruecos, conquistando Fez, Tremecén, Orán, Argel, Ceuta y, sobre todo, la Península Ibérica. El fundó la primera dinastía bereber, nombrando a su hijo Alí heredero del trono en al-Magrib al-Aqsa y al-Andalus, designando Marrakech como capital y Córdoba como centro principal en la provincia.

El Islam en los siglos XI y XII

Para entender la ideología que impulsó a Yusuf ibn Tasufín a cruzar el



El mundo en el siglo XI, según el geógrafo musulmán Al Idrisi

Mediterráneo en socorro de sus correligionarios andalusíes acosados por el avance cristiano, hay que esbozar el marco general del mundo islámico en los siglos XI y XII: el Califato abbasí de Bagdad, aunque despojado de todo poder militar y político por el sultán selchuqí, continuaba representando la unidad musulmana ortodoxa sunni frente a las corrientes heterodoxas *si'ies* y seguía siendo el baluarte que daba legitimidad a todo régimen que formase parte de la comunidad musulmana, la *Umma.* Egipto pertenecía al califato fatimí *si'i* ismailita, rival del abbasí. En la Península Ibérica, los reinos de taifas se habían alejado de los preceptos coránicos, relegando el papel de los alfaquíes malikíes y de los estudiosos de la religión a un segundo plano, después de que hubieran disfrutado de gran poder durante el emirato y el califato omeya.

Al mismo tiempo, se desarrollaban nuevas corrientes teológicas en Oriente, basadas en las enseñanzas ortodoxas de Abu Musa al-As'arí (m. 660-1), compañero del Profeta Mahoma, gracias a varias figuras importantes, entre ellas el teólogo, jurista y moralista al-Mawardi (m. 1058), autor de *al-Ahkam al-Sultaniyya (Tratado sobre los estatutos gubernamentales),* y sobre todo, su sucesor, el pensador, místico, teólogo alfaquí, filósofo y reformador religioso Abu Hamid b. Mohamad al-Gazali —Algazel (m. 1111)—, considerado como el hombre más destacado de su tiempo. Algazel expuso una ideología política que, sin duda, llegó al conocimiento de Yusuf ibn Tasufín a través de andalusíes y bereberes doctos en ciencias religiosas, que habían estudiado con aquel místico, como el juez Abu Bakr ibn al-Arabi.

Inspiración ideológica almorávide

En líneas generales, y en lo que pudo influir directamente en el emir almorávide, se pueden resumir así algunos puntos de su teoría:

— La familia abbasí tiene el derecho a ostentar el Califato.

— El poder efectivo en las distintas provincias debe estar en manos de los sultanes o reyes; intentar cambiar este orden provocaría graves disturbios en el seno de la comunidad musulmana e iría en contra de las enseñanzas del Profeta, que abogó por la obediencia a los emires.

— La relación entre el Califato y esos poderes fácticos tiene que basarse sobre el reconocimiento de la preeminencia de la autoridad califal que les legitimará.

— Estos poderes prestarán al Califato la fuerza que necesite para mantenerse.

— Es obligación del Imam y de sus delegados proteger los territorios del Islam contra las amenazas externas y los desórdenes internos.

— Se debe emprender la Guerra Santa contra el apóstata y contra el que rechace el Islam, hasta que se acoja a él o hasta que pague tributos, signo de reconocimiento de la supremacía del Islam.

— Hay que ejecutar la ley para garantizar, primero, el derecho de Dios a ser obedecido, y luego, el derecho del resto de la comunidad a ganarse el pan cotidiano y vivir en paz y con honor. Como consecuencia de esto último, se debía castigar severamente la fornicación, el robo, el consumo de bebidas alcohólicas y la calumnia, manteniendo siempre presente el principio de los *límites* que consiste en que quien impone el castigo no tiene que excederse en sus sentencias de los límites marcados por la ley.

Para Algazel, el objetivo de este programa político era crear la ciudad ideal, cuya fundación descansaba sobre dos pilares: la religión y la razón, sin otra meta que conducir a sus miembros a su dicha final. Para ello indicó el místico y teólogo tres vías:

— Obedecer a Dios; conocerle, servirle, rezarle, cumplir con el precepto de la limosna, del ayuno y del peregrinaje.

— Respetar las prohibiciones que El dictó.

— Desarrollar las virtudes morales.

Contemporáneo de Algazel y muy influyente en el Magreb y al-Andalus fue Abu Bakr Muhamad ibn al-Walid al-Turtusi (m. 1126), quien, como indica su nombre, había nacido en Tortosa. Discípulo de renombrados alfaquíes andalusíes, se dirigió a Oriente, donde conoció a los grandes estudiosos musulmanes, entre ellos al propio Algazel, de quien fue admirador y a la vez crítico. Al-Turtusi, que residió y murió en Alejandría (Egipto), escribió varias obras de teología, de jurisprudencia y de moral, la más famosa de las cuales es *La lámpara de los Príncipes,* cuyo objetivo principal era guiar al jefe del Estado en el desempeño de su misión; por tanto, es una obra de carácter político y ético que describe al príncipe ideal como aquél que no se aparta de la senda trazada por Dios y lo hace responsable no sólo de alcanzar su propia dicha, a través de la vida recta y moderada, sino también de la de su pueblo. Para al-Turtusi, *la perfección espiritual del príncipe es la base en que se apoya la vida del Estado y en la cual se funda asimismo el bienestar temporal y espiritual del pueblo y el suyo.* La religión se alza como piedra angular que sostiene al Estado, el alma que da vida a la justicia, la ley y el derecho.

Trayectoria política de Ibn Tasufín

Prueba de la consideración que tenía el emir almorávide hacia Algazel y al-Turtusi fue la petición de *fatua* o sentencia religiosa que les solicitó para seguir adelante en su tarea de defender el Islam contra los musulmanes que lo mancillaban, trasgrediendo sus leyes, y contra los cristianos que lo amenazaban.

Tras la victoria de Zallaqa en 1086, Ibn Tasufín rechazó la oferta de adoptar el título de Emir de los Creyentes, aferrándose en su convicción de que este título era propio del Imam, el Califa de Bagdad, y que él adoptaría, para formar parte de la *Umma* ortodoxa, el título de Príncipe de los Musulmanes, Defensor de la Fe y Delegado del Príncipe de los Creyentes.

En este sentido habría probablemente encargado al jurista andalusí Abdallah ibn al'Arabi y al hijo de éste,



Predicador musulmán, contemporáneo del movimiento almorávide, en la mezquita de Samarcanda (miniatura de Al-Hariri, siglo XII, Biblioteca Nacional, París)

Abu Bakr, que solicitaran de Bagdad su reconocimiento oficial como delegado del Califato en el occidente islámico, ya que él había cumplido con todos los requisitos de un buen emir musulmán ortodoxo: durante cuarenta años había luchado por imponer el respeto al Califa en los territorios que ocupaban los almorávides; en 2.500 púlpitos se hacía la oración en nombre del Califa, no había cejado en llevar *al-Yihad* a tierras cristianas, recuperando fortalezas que les habían sido arrebatadas a los musulmanes; era un emir justo, que no recaudaba más que los impuestos legales; todos los caminos de su comunidad estaban seguros y sus monedas eran absolutamente de ley y estaban acuñadas con el nombre del Califa.

Este, el Califa abbasí al-Mustazhir bi Allah, mandó su respuesta afirmativa reconociendo el Emirato almorávide en una carta firmada por él con fecha de junio de 1098. Estaba acompañada por otro documento, expedido por el visir selchuqí Mohamad ibn Muhamad ibn Gahir, *al-wazir agachal,* lo que denota claramente que era este último el que ejercía el poder real.

Algazel apoyó también a Tasufín en esta solicitud de reconocimiento formal y justificó así la invasión de al-Andalus: *...en estas tierras sufrían los musulmanes humillaciones y oprobios ...afligidos* (a causa de los cristianos) por el cautiverio, muertes y depredaciones, consiguiendo vejarles, habida cuenta de las disensiones entre aquellos reyes rebeldes que intentaban conseguir todo el poder y se combatían por ello... *Y llevaron las cosas al extremo de recurrir a los cristianos, en su afán de atacarse... Les descubrían todos los secretos... A Yusuf, Dios, ensalzado sea, le concedió erradicar a los cristianos, apartarles de la tierra musulmana...*

Algazel debió tener buenas relaciones con el Emir almorávide y tuvo la intención de visitarle en su capital, pero la muerte sorprendió a Tasufín en el año 1106, dejando como heredero a su hijo Alí.

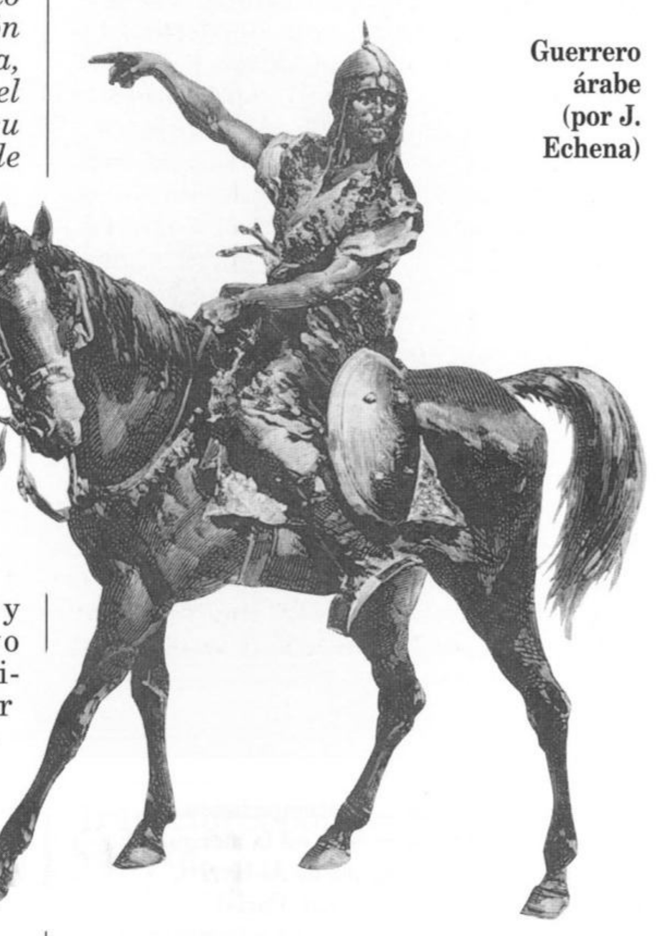
Buena muestra de la influencia que sobre Ibn Tasufín tuvo también al-Turtusi es una carta que le escribió en estos términos: *Debes saber, oh Abu Ya'cub, que no se comete un adulterio en tus dominios, en toda la extensión de tu Imperio ni a lo largo de tu vida, sin que seas el responsable de ello y el reo de su pecado. Tampoco ingiere su bebida un borracho, sin que dejes de ser el responsable de ello. Ni se lesiona el honor de un musulmán, sin que a ti se te reclamen cuentas. Ni se opera con usura, sin que tú seas requerido. Y así con todos los pecados, pues todas las prohibiciones de Dios que sean transgredidas, a ti serán reclamadas, ya que tienes poder para cambiarlas. Y de las cosas que queden ocultas, sin que ningún musulmán las vea, de esas serás eximido, si Dios, ensalzado sea, quiere.*

Estas recomendaciones de Algazel y al-Turtusi legitimaban el objetivo almorávide: introducir reformas religiosas, sociales y fiscales tras haber parado el avance cristiano y encarcelado, asesinado o exiliado a los reyezuelos corruptos. Yusuf ibn Tasufín y su hijo Alí intentaron dar un vuelco total a la situación en los territorios musulmanes de la Península:

A) la re-islamizaron, volviendo con mayor fuerza al rigorismo malikita, aplicando la *saría.* Había que guiar al pueblo hacia la dicha eterna a través del respeto y la práctica rigurosa de las enseñanzas coránicas. Por tanto, se debía reforzar el papel de los alfaquíes, verdaderos conocedores de esta ley; el propio emir daba ejemplo, recurriendo a su consejo. En este mismo sentido, algunos historiadores del período han creído ver ciertas prácticas democráticas en los almorávides, puesto que sus dirigentes recababan la opinión de la comunidad antes de tomar algunas decisiones, ateniéndose así a los preceptos del Corán.

B) Moralizaron la sociedad, castigando a todo aquel que se descarriaba. Recobró importancia el cargo del *mohtaseb,* cuyo cometido principal era *imponer el Bien e impedir el Mal;* sus obligaciones eran, entre otras: vigilar el desarrollo de la oración, cuidar del comportamiento de los fieles en la mezquita e impedir que fueran importunados en sus rezos; podía, además, intervenir en la vida privada de la comunidad, ya que le incumbía vigilar el respeto del ayuno y la limosna legal.

C) Abolieron todas las cargas fiscales impuestas por los reyes de taifas sobre musulmanes, cristianos y judíos para obtener sus propios fines de poder y gloria. Se limitaron, en la primera etapa de su gobierno, a recaudar justo los impuestos estipulados en el Corán.



Guerrero árabe (por J. Echena)

Influencia de al-Andalus en los almorávides

Aunque Yusuf ibn Tasufín vivió buena parte de su vida en Marrakech, no cabe duda de que el continuo contacto que tuvo con al-Andalus desde que cruzó por primera vez el estrecho de Gibraltar en 1086 jugó un papel importante en la evolución de su ideología. Sus grandes ciudades, Córdoba, Sevilla, Málaga y Valencia, seguían

siendo centros de actividad intelectual, literaria y teológica, y Alí ibn Yusuf mandaba a al-Andalus a sus hijos a educarse con los grandes maestros y alfaquíes. A los escritores y poetas andalusíes recurrieron los almorávides para su correspondencia y de ésta se han conservado algunas cartas escritas todas por andalusíes.

Mención aparte merecen los alfaquíes andalusíes, que fueron los primeros en legitimar con sus *fetuas* su decisión de abolir las taifas y a ellos tuvo que recurrir Ibn Tasufín desde el primer momento. Con ellos entró en contacto con un malikismo tan severo, austero y anclado en el estudio de la jurisprudencia como el que él había conocido al principio de su emirato junto al fundador del movimiento, Abdallah ibn Yasin. Por otro lado, los alfaquíes malikíes con la llegada a la Península de estos militares religiosos volvieron a jugar el papel que les correspondía en la sociedad musulmana.

Decadencia de la ideología

Al asumir el trono, Alí ibn Yusuf se volcó más en los asuntos religiosos que en los de gobierno, dejando buena parte de las decisiones políticas a los alfaquíes, que manejaron las riendas del poder a su antojo. Esto provocó un decaimiento en los rigurosos comienzos ideológicos sobre todo porque, viendo que para seguir gobernando necesitaban mantener la guerra contra los cristianos, los almorávides no tuvieron más remedio que aumentar las cargas fiscales, cayendo en los mismos impuestos ilegales que habían criticado a los reyes de taifas.

Los andalusíes, tal vez por sentido *nacionalista* contra estos bereberes o por los atropellos que cometía el ejército almorávide en las ciudades, o por la represión intelectual y religiosa a la que se vieron sometidos, provocaron el brote de una serie de focos rebeldes que terminaron por alzarse en autonomías, las *segundas taifas.* Sumando a esta situación interna en al-Andalus la revuelta organizada en Marrakech por el fundador del movimiento almohade, Ibn Tumart, el movimiento almorávide fue perdiendo el prestigio y la fuerza que poco antes favorecieron su formidable expansión.

Política reunificadora

Por María J. Viguera
Catedrática de Arte. Universidad Complutense de Madrid

Aglutinados los Sinhaya del Sahara por las ideas reformistas *almorávides,* iniciaron, mediado el siglo XI, su larga expansión conquistadora desde cerca del Senegal hacia el Norte, enarbolando la bandera de su ortodoxia, aprovechando la desunión tribal a su alrededor, y alguna coyuntura de las periódicas oscilaciones de las rutas caravaneras, que precisamente unían el interior de Africa con el Mediterráneo. En 1055 los almorávides tomaron definitivamente Siyilmasa. Pronto pasó a regirles su emir más capaz para cimentar aquel Imperio: un bereber de la tribu Lamtuna, el gran Yusuf ibn Tasufín, que, alcanzado el Atlas, fundó a sus pies el gran centro urbano de Marrakech, en 1070, dando así unas muy definidas dimensiones sedentarias al movimiento almorávide.

Marrakech, ciudad transcendental en la historia marroquí, fue, por de pronto, la capital del vasto Imperio que los Sinhaya almorávides estaban construyendo, sometiendo a su poder al resto de las tribus magrebíes, y sobre todo a sus tradicionales enemigos los Zanata, en etapas rápidas, jalonadas con éxitos, y culminadas por el noroeste con la toma de Tánger, en 1077. Desde allí siguieron los almorávides

por la ribera mediterránea, ocupando hasta Tremecén, 1081. Ceuta, con su puerto estratégico, tomada una primera vez y vuelta a alzar contra los almorávides, sólo pudo resistir, aislada, hasta 1084. Enfrente aguardaba al-Andalus y allí ya eran famosos los almorávides y muchos entre los más legales y ortodoxos de todas las categorías sociales —y de forma generalizada entre el pueblo andalusí que, acusadamente, sufría la inseguridad y los tributos— anhelaban su llegada, considerándoles salvadores. Otros, los reyes de taifas y sus cortesanos, recelaban de aquella fuerza político-religiosa que iba conquistando territorio, y acaso llegara a arrebatarles el suyo, como ocurrió, en efecto, porque acabaron teniendo que protagonizar su llamada.

Ejemplifican perfectamente los almorávides la famosa teoría que el historiador Ibn Jaldún, ya en el siglo XIV, formuló dentro de su reflexión sociológica sobre la Historia, y sobre modelos magrebíes, respecto al ciclo vital de las dinastías de origen nómada que logran un Imperio, con sus tres fases, cumplidas en el curso de tres generaciones, fundamentalmente:

1.º Invasión de nuevos territorios y creación de un Estado sedentarizado, suplantando al existente.

2.º Desarrollo pleno en ese nuevo Imperio de la estructura estatal islámica, con su brillo cultural característico.

3.º Caída del Imperio, con desintegración generalizada y sometimiento del territorio a una nueva invasión, que en este caso concreto fue la de los almohades iniciándose un nuevo ciclo.

En efecto, en al-Andalus había ido desarrollándose con fuerza, desde la década de los 70 de aquel siglo XI, la idea de la necesidad de unión, por encima de las fragmentadas taifas (por representar tal unificación la legalidad islámica) y como medio de resistir ante la expansión cristiana, cada vez más alarmante. Tal reunificación de al-Andalus no se había logrado, de ningún modo, desde el interior, en todo el período de taifas, añadiéndose su fracaso militar ante el exterior cristiano. Pero, en el próximo exterior, los almorávides propugnaban precisamente, en su inicial firme ortodoxia, la unidad musulmana y la defensa de las fronteras del Islam, tanto territorial como espiritualmente, y venían así imponiéndolo con éxito por el Norte de Africa.

A partir de 1080 el emir almorávide Yusuf ibn Tasufín debió empezar a recibir concretas peticiones de los andalusíes para que les auxiliara. Aisladamente le envió una embajada el rey de la taifa de Badajoz, acosado por Alfonso VI de Castilla, que hacia 1081-1082 asoló hasta el Aljarafe sevillano, enviando incluso, según una legendaria reconstrucción de la crónica *Alhulal*, un mensaje retador al emir almorávide:

Todos reconocen que eres el emir de los musulmanes, es decir, de la religión musulmana, como yo lo soy de la cristiana. No se te oculta lo que sucede a vuestros régulos (de taifas), su abandono, descuido y negligencia por sus súbditos... no tienes excusa si les niegas tu ayuda... Si no puedes venir aquí, envíame tus barcos que pasaré a combatirte en el sitio que prefieras.

Tras la pérdida musulmana de Toledo, conquistada por Alfonso VI en 1085, decidieron los reyes de taifas hacer venir a los almorávides a Al-andalus, por encima de cualquier otra consideración particular.

En julio de 1086 atravesó Yusuf ibn Tasufín el Estrecho, y se estableció en Algeciras. Los reyes de las taifas de Sevilla y Badajoz, especialmente, le acogieron, aunque los almorávides no parecían confiar en sus aliados andalusíes, pues fortificaron su cabeza de puente con el Magreb, la señalada Algeciras, que hallaron con murallas descuidadas; desde allí hicieron una convocatoria general de Guerra Santa, y decidieron hostigar la expansión cristiana por el norte de Badajoz.

La decisiva batalla de Sagrajas o Zallaqa

En las filas musulmanas participaban, además de los almorávides, tropas de las taifas meridionales, con casi todos sus reyes a la cabeza; y acudieron también muchos alcaides de plazas menores, con sus soldados y con voluntarios.

Guerreros cristianos del siglo XI (detalle de una miniatura del beato de San Andrés del Arroyo que representa al *Jinete fiel y veraz*, Biblioteca Nacional, París)



Alfonso VI estaba cercando Zaragoza, y se apresuró a ir al encuentro de tamaño ejército. La batalla entre ambos bandos se dio el 23 de octubre de 1086, y fue uno de los más sonados choques que hubo en la Edad Media entre los dos ámbitos opuestos, cristiandad e islam, con solemne despliegue de su confrontación ideológica, del que se hacen eco, como en todo conflicto bélico, los textos oficiales que cada bando escribió sobre el hecho.

Uno de tales textos es la carta que el propio Yusuf ibn Tasufín envió al soberano Zirí de Túnez, la otra gran potencia mediterránea de aquel tiempo, para comunicarle su victoria, dándole su visión de los acontecimientos, con una implícita y llamativa justificación de su intervención en al-Andalus, que de tal modo alteraba la situación internacional. En su carta (editada, traducida y valorada por E. Lévi-Provençal y E. García Gómez) empieza el emir almorávide contando cómo supo del predominio cristiano sobre al-Andalus, la ocupación de sus tierras, las obligaciones tributarias constantes, y cómo empezó a recibir llamadas de socorro... *hasta que hicimos cruzar el Estrecho contra el enemigo a tropas aguerridas... hasta el puerto de Algeciras... De todas partes acudía gente a ver nuestro ejército, asombrándose de su aspecto, menospreciando sus maneras y su modo (magrebí) de hablar; lo único que les agradaba eran caballos y adargas... llegamos a Sevilla... luego a Badajoz...* (Alfonso VI) *vino contra nosotros con sus escuadrones que llenaban el horizonte... pero Dios altísimo nos dio su ayuda; los cristianos fueron derrotados.*

Después de su éxito, Tasufín volvió al Magreb. Pronto se rehicieron los cristianos. Tornó Tasufín en 1088, y marchó contra la cuña castellana en Aledo. Lograron que los cristianos se retiraran de allí, y Yusuf regresó al Magreb.

Los reyes de taifas se vieron de nuevo acosados por Alfonso VI, y en vista de los tratos que seguían manteniendo con el rey castellano, lo cual reducía el alcance de las intervenciones almorávides, Tasufín se decidió a conquistar al-Andalus. Así cruzó por tercera vez a la Península, a principios del verano de 1090, esta vez por iniciativa propia, aunque animado por los ofrecimientos que recibía de los súbditos andalusíes de todas partes, anhelantes de poner en sus manos la seguridad de sus tierras.

Así Yusuf, seguramente con un plan bien perfilado, en septiembre depuso al rey taifa de Granada, mientras con corta vista, los reyes de Sevilla y Badajoz le felicitaban por ello. Regresó entonces al Magreb, pero nombró a su primo Sir gobernador de sus territorios andalusíes, encomendándole la ofensiva que fue acabando con todos los reinos de taifas, realizada con planificación militar excelente y que no se culminó hasta 1116, con la ocupación de las Baleares.

Los almorávides conquistan al-Andalus

Los almorávides empezaron así por ocupar la taifa de Granada; y su rey mismo, el célebre emir Abd Allah, contó con todo detalle en sus *Memorias* cómo perdió su taifa ante la llegada de Tasufín, a quien esperaban, entusiasmados, los granadinos. Abd Allah no tuvo otra opción que salirle al encuentro, y entregarle el poder, el 8 de septiembre de 1090. Un mes después, los almorávides ocuparon la taifa de Málaga, en parecidas circunstancias a la granadina. Ambos reyes, hermanos, Abd Allah y Tamim, de origen beréber sinhachí, como Yusuf ibn Tasufín, fueron deportados al norte de Africa. Con bastante miramiento fue tratado Abd Allah, en su exilio del Atlas marroquí, y allí escribió esas *Memorias* que, como avisa el acertado subtítulo que les dio García Gómez, son una representación extraordinaria del *Siglo IV en primera persona.*

Siguiendo con sus campañas por al-Andalus, tras el regreso de Yusuf ibn Tasufín al Magreb, su general Sir ocupó Tarifa en diciembre de 1090. Enseguida, este cuerpo principal de operaciones mandado por Sir se encaminó contra Sevilla, mientras otra sección, mandada por el general Ibn al-Hach, iba sobre Córdoba. y otra, bajo las órdenes del general Ibn Wasiml, se dirigió contra Almería, y un destacamento al mando del general Garrar fue a atacar Ronda. Tres de estos objetivos, la capital, Sevilla, y además Ronda y Córdoba, pertenecían a la taifa sevillana. Los almorávides tomaron Córdoba

Cronología

Izquierda, combate entre musulmanes y cristianos en Zallaqa o Sagrajas (detalle de un grabado del siglo XIX). Derecha, representación decimonónica del Cid Campeador)



1036: El piadoso alfaquí Ibn Yasin se instala entre los Sinhaya y empieza su predicación, que originará el movimiento religioso-político de los almorávides.

1048: Empieza la expansión almorávide, que llega hasta Siyilmasa en 1058.

1061: Yusuf ibn Tasufín destaca en el Magreb al frente de los almorávides.

1070: Los almorávides acuden a la Península, en socorro de las taifas, y vencen a Alfonso VI en Sagrajas / Zallaqa.

1085: Alfonso VI conquista Toledo.

1090: Yusuf ibn Tasufín ocupa la taifa de Granada, iniciando la conquista de al-Andalus. Toma de la taifa de Málaga.

1091: Los almorávides conquistan la taifa de Badajoz. El Cid Campeador conquista Valencia.

1106: Muere Yusuf ibn Tasufín, y su hijo Alí es proclamado emir, el segundo de los almorávides en al-Andalus

1108: Exito almorávide en Uclés, frente a Castilla.

1110: Los almorávides llegan en sus conquistas andalusíes hasta Zaragoza y desplazan a los reyes de esta taifa.



1116: Los almorávides ocupan las islas Baleares.

1118: Alfonso I El Batallador conquista Zaragoza.

1123: Los almorávides, desde Tinmallal, comienzan su lucha declarada contra los almohades.

1125-1126: Expedición de Alfonso I El Batallador por Andalucía, ayudado por los cristianos de al-Andalus, muchos de los cuales emigran con él al norte.

1130: Muere Ibn Tumart, fundador de la doctrina almohade. Abd al-Mumin se proclama califa almohade en parte del Magreb.

1142: Los Algarves se alzan contra los almorávides. Empieza la fragmentación de al-Andalus en las *segundas taifas.*

1145: Muere Tasufín, tercer emir almorávide de al-Andalus.

1146: El califa almohade Abd al-Mumin empieza a ser reconocido como soberano en parte de al-Andalus, iniciándose así un nuevo período histórico.

---

el 27 de marzo de 1091; en mayo Carmona, y posiblemente Ronda. Sevilla aún resistió hasta el 7 ó 9 de septiembre de aquel año 1091, cuando entraron por las armas los magrebíes en aquella ciudad, y la ocuparon, cogiendo prisionero a su rey Mutamid y a su familia, parte de cuyos hijos ya había caído o caerá luchando, allí o en otras plazas, contra los almorávides. Yusuf ibn Tasufín ordenó desterrar al rey Mutamid, con sus más próximos allegados, al Norte de Africa, y en Agmat murió componiendo tristes versos de exilio aquel rey-poeta, cuatro años después de perder su Sevilla.

Antes de terminar el año 1091 y con los almorávides acosándole, el rey de la taifa de Almería se embarcó hacia la Qalat Bani Hammad, en el Magreb central, y dejó su reino al Imperio almorávide, que prosiguió expandiéndose por Levante, sólo deteniéndose por la presencia del Cid alrededor de Valencia. El Cid, sin tener aún dominio directo, controlaba bastante la situa-

ción levantina, logrando parias de las taifas más septentrionales, hasta Zaragoza. Los almorávides enviaron tropas a socorrer el Levante, desde noviembre de 1088, pero, tras cambiantes sucesos, no pudieron impedir la entrada del Cid en Valencia, como dueño y señor de la plaza, el 15 de junio de 1094. Allí morirá el burgalés, el 10 de julio de 1099, y los castellanos aún resistieron en Valencia durante tres años más, hasta que a finales de agosto de 1101 se produjo la acometida definitiva de los almorávides, que acabaron entrando en la ciudad el 5 de mayo de 1102. Desde allí podían seguir conquistando el resto septentrional de al Andalus, hasta el valle del Ebro, y así lo hicieron a continuación.

Actividad del emir almorávide en la Península

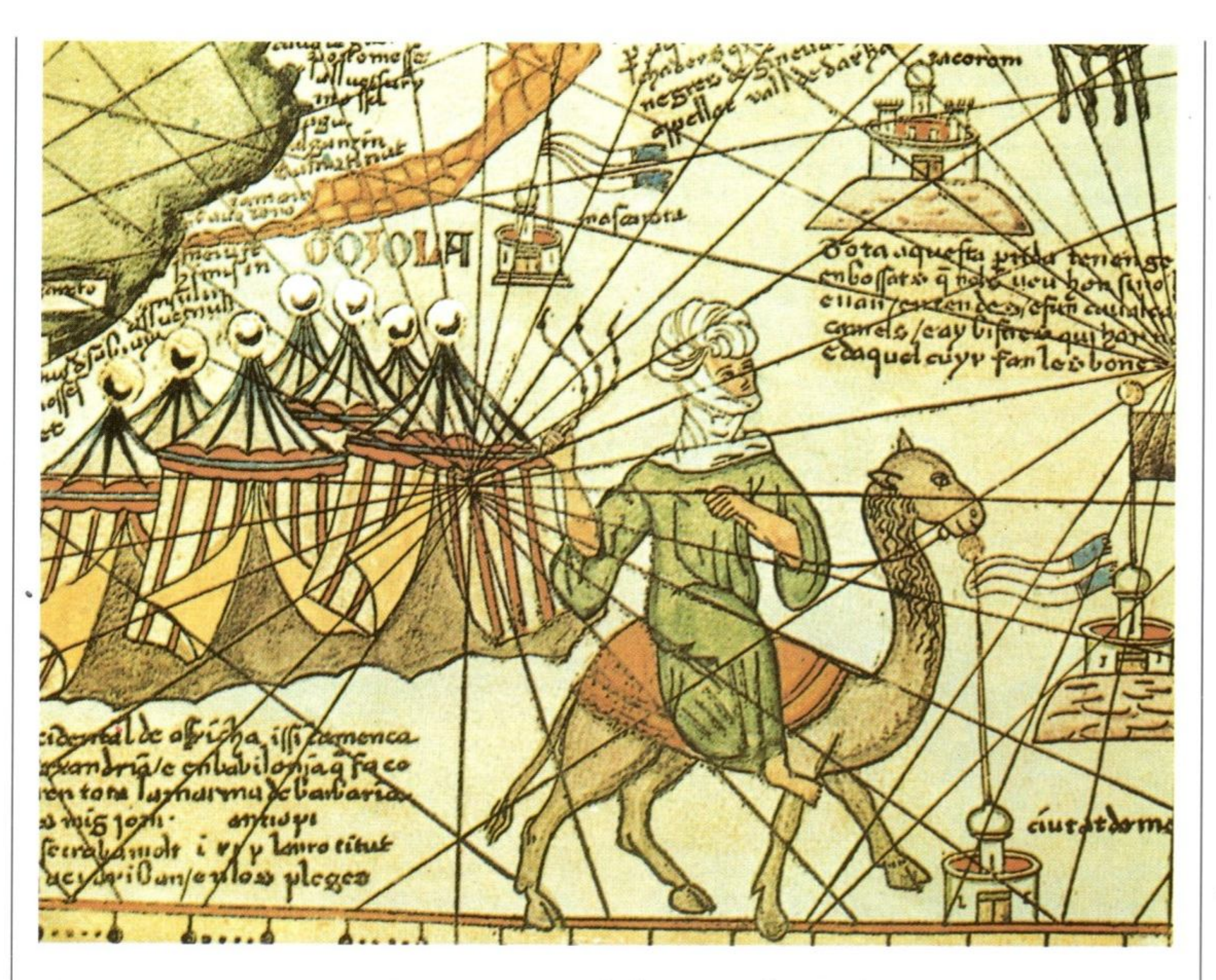
Por el centro los almorávides habían ocupado entre tanto Jaén, y por el Oeste sólo dejaron momentáneamente a los Banu al-Aftas en su taifa de Badajoz, pues les venían ayudando, al parecer incluso a tomar Sevilla. Pero entonces, el rey de la taifa de Badajoz aún quiso asegurarse más, y volvió a pactar con Alfonso VI ofreciéndole incluso Santarem, Lisboa y Cintra. Hacia allí se dirigió un ejército almorávide, que conquistó la taifa pacense, llegando hasta Lisboa en noviembre de 1094.

Yusuf ibn Tasufín cruzó a la Península Ibérica por cuarta vez en 1097, para algarear tierras toledanas, dando testimonio de su dedicación a la Guerra Santa, y logrando la victoria de Consuegra, en agosto de aquel año, sin poder nunca más lograr Toledo. Aún volvió a al-Andalus, en 1102-1103, para hacer proclamar en Córdoba, la antigua capital de los omeyas, simbólica sombra de gloria, a su hijo Alí como heredero. Antes había sido proclamado sucesor en Marrakech. El nombre de Alí figura, con el título de emir en monedas acuñadas en Córdoba desde el año 1103-1104.

Al designarle sucesor impuso Yusuf ibn Tasufín a su hijo como condición que se ocupara preferentemente de al-Andalus, que alzara un ejército de 17.000 jinetes, y los distribuyera así: 7.000 para Sevilla; 1.000 para Córdoba; 1.000 para Granada; 4.000 para Levante y el resto para las fronteras. Estas tropas tendrían como misión tanto la defensa del territorio respecto al exterior, como afianzar el control almorávide en el interior, porque, en efecto, los almorávides impusieron su Imperio en al-Andalus con su organización militar y soldados, empleados contra los andalusíes que se les resistieron, en un principio porque perdían su poder político, como les había ocurrido a los reyes de taifas y a sus cortesanos; y enseguida generalizándose la resistencia, en al-Andalus, contra el muy pronto antipático poder almorávide, que, pasados los primeros entusiasmos, fue cediendo poco a poco en su aureola de ortodoxia.

Estos ejércitos almorávides que controlan el territorio andalusí y en alguna ocasión, cada vez menos, se enfrentan con los cristianos, significan una nueva aportación de población beréber magrebí para al-Andalus, cuyo alcance no podemos medir cuantitativamente, aunque sí cualitativamente, al desarrollarse de nuevo en al-Andalus la berberofobia de otros tiempos, y reproducirse los sentimientos que, también en título de E. García Gómez, fueron los muy trascendentales de *Andalucía contra Berbería.*

Bastantes letrados andalusíes, antiguos servidores de las cortes de taifas, pasaron a ocupar cargos en la Administración almorávide sobre todo en al-Andalus, pero también en el resto de aquel Imperio, que del Magreb aportaba soldados, mientras al-Andalus contribuía con ulemas, alfaquíes, científicos y secretarios, extendiendo por el Magreb las características y el brillo cultural de un al-Andalus consciente de su variada superioridad por el lado de la civilización, pero de su obligada supeditación política y militar, con cada vez menos resignado sometimiento, como recuerda el cronista al-Marrakusi, recogiendo la epístola que Abu Marwan ibn Abi Jisal escribió contra las tropas almorávides poco firmes en Levante contra Alfonso el Batallador, en que llega a decirles: *Hijos de madre vil, huis como asnos salvajes... ha llegado el momento de daros largo castigo, de quitaros el velo con que os tapáis el rostro, de echaros a vuestro desierto, y de purificar al-Andalus de vuestras secreciones.* Significativa contradicción en el interior de un Imperio.



Campamento y camellero en el Sáhara, tal como debieron ser los almorávides, aunque la miniatura es dos siglos posterior (detalle del mapa de Cresques, Biblioteca Central de Barcelona)

En 1105-1106 enfermó Yusuf ibn Tasufín, y su hijo Alí se encargó del poder en Marrakech, disponiendo entre otras medidas, respecto a al-Andalus, cambiar al gobernador almorávide de Granada y destituir al cadí de Sevilla. Yuṣuf ibn Tasufín murió en septiembre de 1106, e inmediatamente fue proclamado emir su hijo Alí.

Alí, segundo emir almorávide de al-Andalus

Personificador de un largo reinado, el joven Alí fue emir de los almorávides desde 1106 a 1143. Tenía veintidós años cuando accedió al trono, y buenas cualidades personales que le habían hecho destacar entre todos sus hermanos. Se tituló, como su padre, *Emir de los musulmanes,* por reconocimiento teórico sobre él del Califa de Bagdad, según los almorávides a sí mismos se impusieron, como una manifestación más de su ortodoxia.

Dos épocas distintas pueden distinguirse en el largo reinado de Alí: los primeros quince años fueron ascendentes, los de mayor altura de los almorávides. Durante ellos, hasta 1121, vino Alí cuatro veces a la Península, y la actividad es continua, con gran porcentaje de éxito guerrero, sobre todo en la campaña de Uclés, en 1108, preparada y dirigida por el gobernador de Granada, Tamin, hermano del propio emir. Aprovechando este éxito en Uclés, las tropas almorávides atacaron Toledo el año siguiente, logrando entrar en Talavera. Redondearon su expansión, en 1110, ocupando la taifa de Zaragoza, que sólo ocho años pudieron mantener frente a los cristianos.

Pero al final de ese período ascendente se inicia la decadencia, y los almorávides se muestran incapaces de superar tres retos: 1.º, el de las conquistas cristianas, sobre todo las protagonizadas por Alfonso el Batallador, que ocupó Zaragoza en 1118 y siguió

avanzando con éxito por el valle del Ebro; 2.º, el de la animadversión y descontento de los naturales de al-Andalus contra los almorávides, en progresivo aumento, y que tuvo un grave síntoma con el levantamiento de Córdoba en 1121 y 3.º, el ataque y avance de los almohades en el norte de Africa, los cuales, y desde posiciones ideológicas también reformistas, empezaban a restarles territorio en el Magreb. El emir Alí se mostró incapaz, en definitiva, de resolver estos graves problemas que a las desgastadas estructuras almorávides se le presentaron entonces.

En medio del caos en que parece sumido el poder almorávide, tomó el emir Alí una medida oportuna, que indudablemente contuvo algo en al-Andalus la crisis: fue nombrar a su hijo Tasufín, que luego sería su sucesor, como gobernador de Granada y Almería, en 1129. A estos gobiernos sumó el de Córdoba, dos años después. Tasufín permaneció en al-Andalus hasta 1137, en que fue llamado al Magreb, por celos que su actuación, llena de éxitos, despertó en su hermano Sir, que había sido entonces nombrado heredero. Estos éxitos de Tasufín fueron administrativos y militares, y sobre todo por tierras extremeñas, aunque sus campañas fueron siempre de rápidos enfrentamientos y no lograron notables ni permanentes avances territoriales para al-Andalus.

Tasufín, tercer emir almorávide de al-Andalus

Tasufín, hijo de Alí, fue el tercer soberano almorávide de al-Andalus, y sucedió a su padre en el ya decaído Imperio almorávide, aún extendido por el Norte de Africa y por la Península Ibérica. Reinó desde 1143 a 1145.

Había tenido el emir Tasufín un buen entrenamiento en los asuntos de gobierno durante los nueve años que pasó al frente de Granada y de Almería, y luego también de Córdoba, desde donde protagonizó la política almorávide frente a Castilla. Desde que fuera nombrado heredero, en 1138, había llevado la responsabilidad de la política almorávide frente a la naciente, y pujante, expansión doctrinal y armada de los almohades en el Magreb.

Siempre demostró, según reconocen cronistas anti-almorávides incluso, buena capacidad de gobierno y dotes militares; supo además hacerse querer de sus súbditos, pero fue retirado de al-Andalus en 1137, cuando quizá sólo él hubiera podido hacer frente a la política ambiciosa de Alfonso VII de Castilla y de Alfonso I de Aragón, que, apoyando la rebeldía de arráeces y caciques locales andalusíes contra los almorávides, fomentaron interesadamente la aparición de un nuevo período de taifas en al-Andalus, aunque en menor escala que las del siglo XI, período de disgregación al que vinieron a poner fin los almohades.

En lucha contra el nuevo Imperio magrebí de los almohades, murió Tasufín en 1145. Dos emires más ocuparon el trono almorávide, aunque ya sólo en el Magreb, pues al-Andalus realmente había dejado de obedecerles: Ibrahim, hijo de Tasufín, le sucedió a su muerte, pero era un niño de corta edad, y enseguida fue depuesto por un hermano de su padre, de sólo quince o dieciséis años, que tampoco pudo conservar el poder, porque los almohades tomaron la capital almorávide de Marrakech, mataron a los miembros de la familia reinante y se alzaron con un nuevo Imperio, que enseguida englobó también a al-Andalus.

Nuevas taifas en al-Andalus

Al reducirse los efectivos militares en al-Andalus, pues se necesitaban en el Magreb, los andalusíes se levantaron contra las autoridades y soldados almorávides que aún quedaban en la Península, expulsándolos y exterminándolos. Tal situación de rebeldía, latente casi desde el principio, se hizo manifiesta desde los últimos años del reinado de Alí, el segundo emir, y se generalizó en los finales de la dinastía, cuyo poder fue sustituido por el de las autoridades locales andalusíes, a falta otra vez de un Estado central, y en la transición entre el de los almorávides y el de los almohades, ambos exteriores a al-Andalus, incapaz de generar su unión política desde su propio interior, pese a algunos intentos en este sentido, como el del emir Zafadola ibn Hud, significativamente apoyado por Castilla.

Se ha llamado a esta época *segundos*



Alfonso el Batallador de Aragón (visión romántica, siglo XIX)

reinos de taifas, y el nombre designa la nueva fragmentación política andalusí, de mediados del siglo XlI, con varios señoríos independientes, aunque sin la importancia de los reinos de taifas por antonomasia, que fueron los del siglo Xl. Estos segundos reinos de taifas duran pocos años, empezando el alzamiento declarado contra los almorávides en el Algarve, desde 1142, y durando hasta la sumisión a los nuevos amos almohades, variable en su cronología según las zonas, con el siguiente cuadro general:

Algarve: varias taifas, aglutinadas por el místico Ibn Qasi (desde 1142; oscilando en el sometimiento a los almohades; Ibn Qasi muere en 1151).

Almería: alzada contra los almorávides, y regida por Ibn al-Ramimi hasta la ocupación cristiana de 1147. La conquistaron los almohades diez años después.

Baleares: semiindependientes desde 1126, bajo la dinastía de los Banu Ganiya; no fueron dominadas por los almohades hasta 1203.

Badajoz: encabezada la taifa antialmorávide por varios arráeces; el último, Ibn al-Hacham, llegó incluso a acuñar moneda, en 1148-1149, y se mantuvo independiente hasta su muerte en 1158, entrando después los almohades.

Cádiz: Ibn Maymún, que depuso su obediencia a los almorávides, reconoció a los almohades en 1145-1146.

Córdoba: taifa regida por Ibn Hamdín desde 1145; aún recayó en el dominio almorávide, hasta su ocupación por los ejércitos almohades en 1148.

Granada: independiente desde 1145 y regida por el arráez andalusí Zafadola ibn Hud (m. en febrero de 1146).

Jaén: taifa que acabó uniéndose al

emir andalusí Ibn Mardanis de Murcia, resistiendo con él a los almohades muchos años.

Málaga: taifa regida por Ibn Hassún, que llegó a titularse emir, desde 1144-1145, hasta junio de 1152, cuando el ejército almohade ocupó la ciudad.

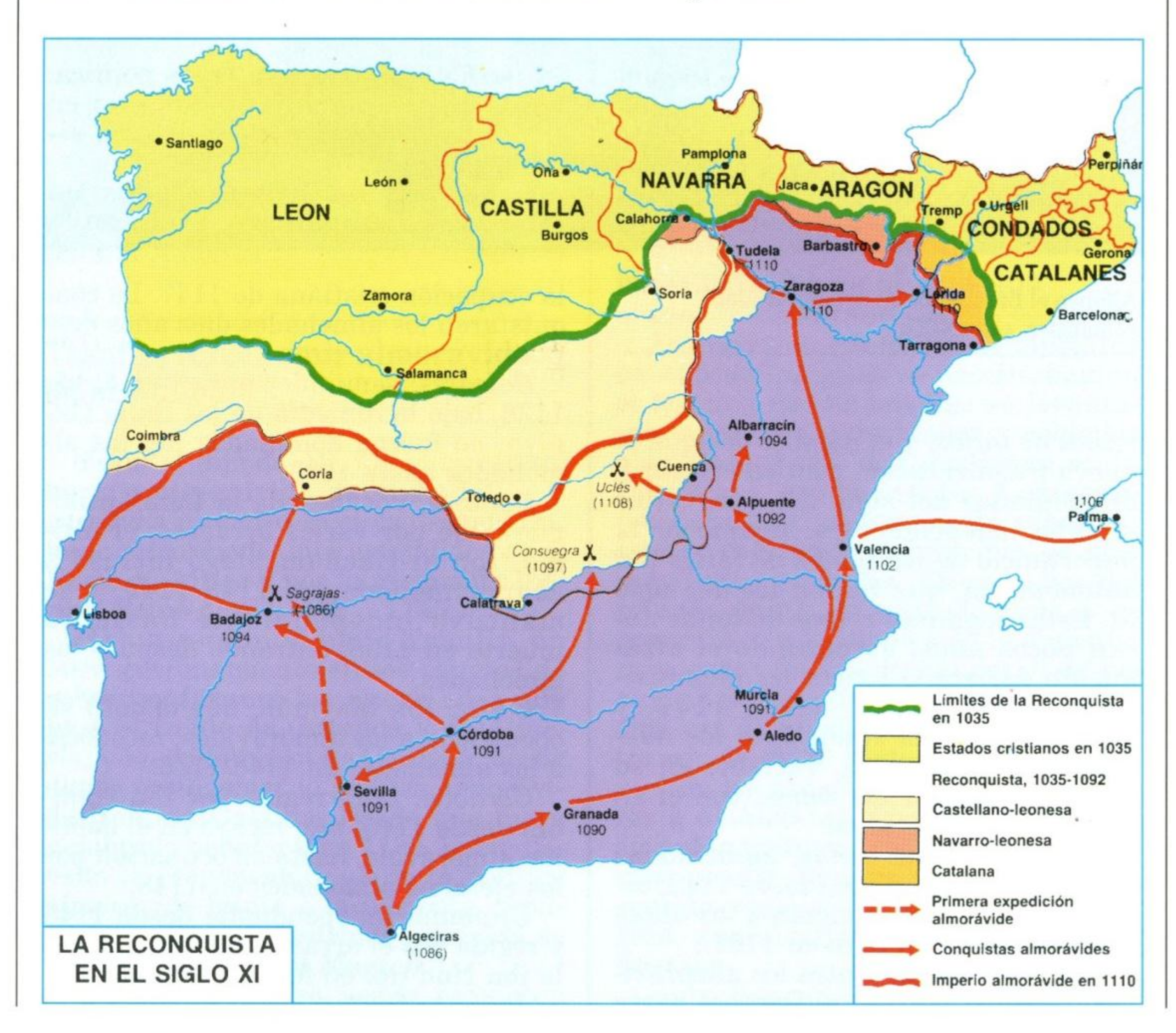
Murcia: alzada contra los almorávides desde 1144-1145, y pronto resistente contra los almohades, junto con Jaén y Valencia, bajo la soberanía de Ibn Mardanis, el llamado *rey Lobo,* desde 1147 hasta 1172.

Valencia: taifa antialmorávide, desde 1145; unida luego a la resistencia generalizada contra los almohades por todo el Levante, Jaén y Murcia, regido por Ibn Mardanis, hasta 1172.

Y además, taifas en muchas otras ciudades y castillos, recordando las fuentes al menos los nombres de sus arráeces, como Ibn Abi Tut en Tavira, Labid en Santarem, Ibn al-Mundir en Silves, Dardus en Carmona, Ibn Marwan en Constantina y Hornachuelos, Ahyal o Ibn Ali y luego Ibn Azzuz en Ronda, Ibn Garrún en Jerez y Arcos, Ibn Malchan en Guadix, Ibn Miqdam en Purchena, al Bitruchi o al-Wahbi en Niebla, entre otros, que desde mediados del siglo Xll empezaron a ser dominados por los ejércitos almohades, entrando así, y con ellos al-Andalus, en la órbita de un nuevo Imperio, cuyo centralismo y cuyos ejércitos contuvieron por algún tiempo la continua involución territorial de al-Andalus.

Los almorávides, pues, rigieron al-Andalus desde 1190, año en que empezaron por ocupar la taifa de Granada, hasta los años finales del emirato de Alí, hacia 1142, o más generalizadamente hacia 1144-1145. Fue al-Andalus una parte más de aquel Imperio

Diversas situaciones en la Península Ibérica durante los siglos XI/XII



magrebí, que tuvo su capital principal en Marrakech, y que empezó por practicar un riguroso islam, para terminar relajado sus actuaciones en todos los órdenes, y también las políticas y las militares. Al final, nada pudieron hacer por mantener las fronteras de al-Andalus, perdiendo de modo estrepitoso las principales plazas de la Marca Superior desde Zaragoza, donde entró victorioso Alfonso I el Batallador en 1118. ¿Por qué esta imparable involución territorial? Una de las respuestas a esa cuestión, compleja y esencial, puede plantearse en relación con la relativa desmilitarización de la sociedad andalusí, que precisaba del recurso a soldados del Magreb, mientras que, enfrente, la sociedad cristiana sí estaba organizada para la guerra, que era una baza importante de promoción. El medio siglo, más o menos, según los lugares, que duró el Imperio almorávide en al-Andalus sirvió para probar que tampoco la reunificación territorial desde el exterior, ni sus refuerzos, contenían el recorte del suelo andalusí, y que el poeta Ibn Assal, que tras la pérdida de Toledo advirtió: *¡Andalusíes, aread vuestras monturas! ¡Seguir aquí es un error!,* acaso, junto a la pena y el amor por la tierra, estaba reflejando una mentalidad de derrota territorial producida desde las estructuras sociales.

Auge y caída

Por Afif Turk
Catedrático de Historia. Universidad Arabe de Beira

El siglo Xl fue, como señaló Ramón Menéndez Pidal, la centuria de las extremas crisis en el mundo musulmán y en el cristiano. En la primera mitad de este siglo, las crisis políticas afectan a los dos califatos: los abbasíes de Bagdad y los omeyas de Córdoba, las partes mediterráneas del mundo islámico (Dar al-Islam), desde Siria hasta al-Andalus, fueron territorios de disidencia y conflictos. En Oriente el decadente califato abbasí se encuentra bajo la tutela del poder político de los buhíes *si'i,* de origen persa, y desde 1055, de los selchuquíes turcos. Siria fue el territorio más débil del Imperio abbasí, donde se desarrollaron luchas continuas entre el potente califato fatimí de El Cairo y los señoríos locales y en particular los selchuquíes, que duró hasta la invasión de los Cruzados en 1097.

En Occidente, y tras la muerte del dictador Almanzor (1002) y su hijo al-Muzaffar (1008), al-Andalus entra en una guerra civil (Fitna) que sumergió el país en una crisis política profunda, que condujo a resquebrajar lo que parecía sólido poder central y a acabar con la abolición del califato omeya en 1031, culminando en la aparición de los reinos de taifas. Lo mismo sucede en Sicilia, que tras una crisis política, llegó a la revolución de Palermo en 1019 y a la partición de la isla en señoríos el año 1035.

El siglo Xl nos presenta, pues, un nuevo aspecto político, tanto en la Península como en el sur de Italia, en Sicilia. Es el retroceso territorial espectacular del islam europeo y el avance de la cristiandad en las tierras musulmanas sicilianas y andalusíes. Esta presión cristiana —como señaló Pierre Guichard— *se explica por el dinamismo de un Occidente en donde empiezan a revelarse los factores de toda naturaleza —politico-ideológicos, económico-sociales y militares— que van a alcanzar hasta nuestros días, en un movimiento casi continuo de expansión a costa de los mundos exteriores.*

El despertar de la cristiandad occidental frente al estado de la fragmentación del islam europeo favorece *una agresión extranjera,* y en particular la intervención del Papado de Roma, tanto en Sicilia como en la Península. El papa Alejandro II movilizó, bajo su égida, e hizo predicar en los dos países la Guerra Santa: la primera fue cuando los normandos empezaron su conquista de Sicilia, en 1061, bajo la bandera del Papa y su bula general para los combatientes;

mientras que la segunda se realizó, en la Marca Superior, con la aparatosa cruzada franco-aragonesa de Barbastro ocurrida en 1064, que fue reconquistada por los andalusíes al año siguiente. Más tarde, la rendición de Toledo (mayo de 1085) al rey Alfonso VI de Castilla fue un duro golpe para al-Andalus, y también para el Magreb. Como consecuencia, los régulos de taifas se convencieron de que era necesario deponer sus rencillas y salvar al-Andalus, pidiendo auxilio al emir magrebí Yusuf ibn Tasufín. Con una clara visión de las circunstancias, el poeta Ibn al-Assal dirigía sus versos a sus compatriotas para darles cuenta de la amenaza de Castilla, mostrando al-Andalus como una ropa que se deshilacha por el medio:

¡Oh gente de al-Andalus!, ¡Aguijad
[vuestras monturas!
Porque el permanecer aquí es un error;
La ropa se deshilacha primero por los
[bordes
y veo que la ropa de la Peninsula se
[deshilacha por el centro.

La intervención almorávide (1086-1090)

Cuando el Magreb oriental (al-Adna) fue invadido, y su capital, Qairuán, ocupada por los hilalíes (árabes nómadas llegados de Egipto) en 1057, en el Magreb occidental (al-Aqsá) que era, hasta la caída del califato cordobés, un *protectorado* andaluz, surgió un movimiento político de carácter religioso animado por el espíritu de un reformismo del islam sobre un planteamiento ortodoxo, sunni y maliki.

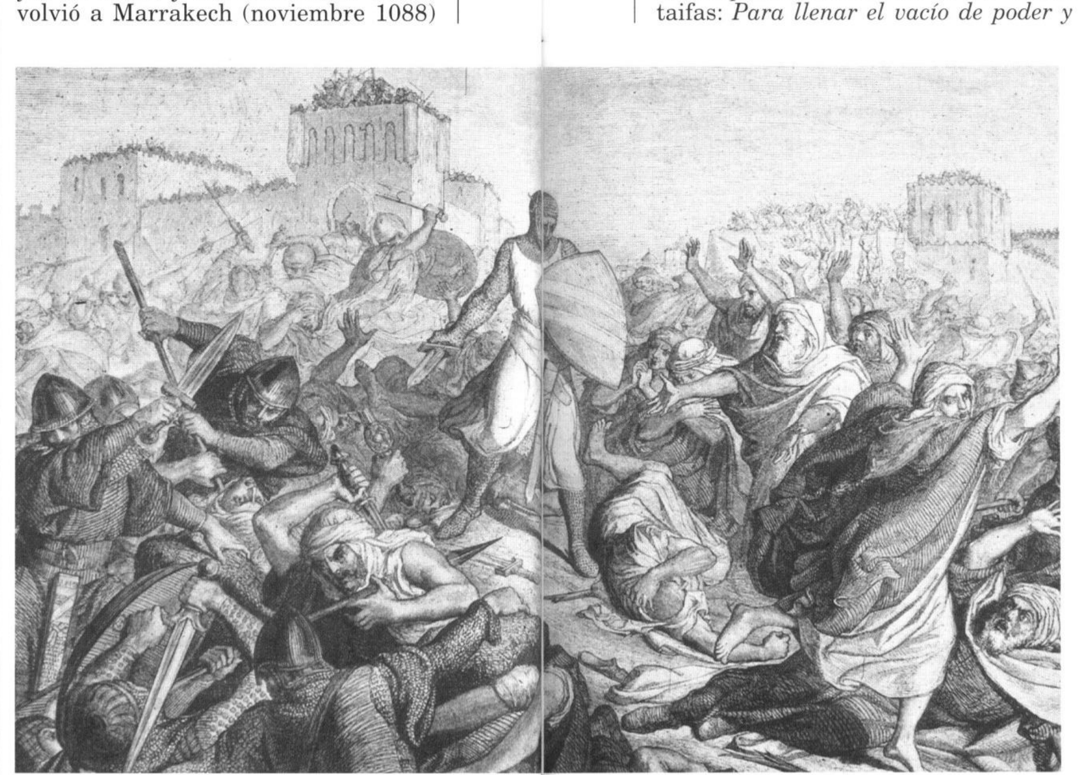
La unificación político-administrativa del gran Magreb, por primera vez, bajo la *ideología* de Ibn Yasin en un malikismo de estricta ortodoxia, formó un unidad estatal independiente, con centro en Marrakech capaz de mantener firmemente el estandarte del islam magrebí y salvar el islam andalusí de la creciente amenaza del cristianismo español.

Yusuf ibn Tasufín (1086-1106)

Tras el triunfo de Zallaqa/Sagrajas, Yusuf regresó a Marrakech sin proseguir la reconquista de Toledo y sin liberar el castillo de Aledo, muy adentrado en las tierras del reino sevillano. De nuevo, los cristianos —el Cid en Levante y Alfonso VI en la zona de Murcia— presionan con sus exigencias de parias y sus incursiones territoriales; Yusuf regresa a la Península (junio 1088) para asediar, junto a las hopas andalusíes, la fortaleza de Aledo, pero sin conseguir un éxito rotundo debido a la rencillas personales de los reyes de taifas y sus divisiones. Yusuf volvió a Marrakech (noviembre 1088) tras enviar un cuerpo de ejército a Valencia, para socorrer la región levantina donde operaba el Cid Campeador, por su cuenta, sometiendo a sangre y fuego a toda la región.

En 1090, Yusuf decidió destronar a los régulos andalusíes porque eran para él unos traidores que habían vuelto a pactar con Alfonso VI, tratos que reducían a la nada el alcance de las intervenciones armadas almorávides. Por esta política vacilante de estos reyezuelos y la desunión existente entre ellos, Yusuf se dio cuenta de que estos señores eran incapaces de lograr éxito en la lucha contra los cristianos, mientras permanecieran en el poder. Entretanto, se iba formando un partido andalusí numeroso en favor del emir almorávide acaudillado por los alfaquíes y ulemas de la escuela jurídica maliki.

La decisión de deponer a las taifas se materializó tras obtener las *fectuas* o *dictámenes jurídicos* de los alfaquíes en los que se declaraba la necesidad de la conquista almorávide de los reinos taifas: *Para llenar el vacío de poder y la nulidad legal del presunto derecho de unos príncipes que habían violado los principios fundamentales de la legalidad islámica.* En junio de 1090, Yusuf desembarcó en al-Andalus para hacerse con el poder *de hecho y de derecho.* Desde esta fecha hasta la conquista de Sevilla (septiembre de 1091), las taifas del Sur cayeron en el poder de los almorávides, bajo el mando de Sir ibn Abi Bakr. Por aquellas fechas, un cuerpo del ejército, mandado por Muhammad ibn Aisa, hijo de Yusuf, siguió adelante por Levante, sometiendo Murcia, Denia y Játiva. El avance almorávide sólo fue detenido por la presencia del Cid alrededor de Valencia, que se rindió al Campeador el 15 de julio 1094, quedando bajo su autoridad y después bajo la de su viuda doña Jimena, hasta que fue conquistada por los almorávides (mayo de 1102).



El Cid Campeador en la batalla de Alcudia (plumilla de *La Ilustración Española y Americana*, siglo XIX)

En el mismo año de la toma de Valencia por el Cid, el rey al-Mutawakkil de Badajoz, que mantenía buenas relaciones con el gobernador almorávide Sir ibn Ali Bakr, a cambio de ayuda en hombres y material, pero sentía el peligro de los almorávides, pactó con Alfonso VI. Sir se dirigió con su ejército para apoderarse de Badajoz, llegando hasta Lisboa en noviembre de 1094. Al-Mutawakkil con sus dos hijos fueron asesinados, mientras, antes, los régulos Abd Allah de Granada, Tamim de Málaga y Mutamid de Sevilla habían sido desterrados al Magreb, en 1091. Así todo al-Andalus se incorporó al Imperio almorávide magrebí, excepto la taifa de los Banu Hud en la Marca Superior.

Ahmad al-Mustain de los Banu Hud, entonces rey de Zaragoza, fue obligado, por las circunstancias de su alejada posición y vecindad con los cristianos pirenaicos, a seguir una política neutral, que resultaba favorable para ambas partes, Al-Mustasin conservó excelentes relaciones con Yusuf, el cual pudo percibir la crítica situación del reino hudí, que pudo servir como línea defensiva frente a los vecinos cristianos, auxiliados por los francos, quedando así un solo enemigo a quien combatir, el rey Alfonso VI. Yusuf, poco antes de morir (diciembre de 1106), recomendó a su hijo y heredero Alí que no hostilizara a los Banu Hud y que mantuviese la paz con ellos y los dejase interpuestos entre él y el país de los cristianos, porque estos andalusíes conocían mejor su situación y sabían luchar mejor con el enemigo y algarearles.

Al comenzar el siglo Xll, tras la muerte de al-Mustasin en la batalla de Valtierra (enero 1110) contra Alfonso I el Batallador, se abre una nueva era: un cambio notable de retroceso de la frontera hudí bajo la presión del reino

aragonés, y la intervención almorávide en el Valle del Ebro llevando adelante la *guerra santa.*

Alí ibn Yusuf(1106-1143)

El emir Alí sucedió a su padre Yusuf en 1106, y fue un digno mantenedor, al principio, de la trayectoria ascendente iniciada por éste; continuó la guerra santa. Tamin, su hermano, comandaba con los otros generales-gobernadores almorávides una campaña contra el castillo de Uclés, que fue ganado en mayo de 1108. Poco más de un año de este éxito, Alí pasó a al-Andalus por segunda vez en su reinado para dar a la empresa el mayor realce. El ejército almorávide, dirigido por Alí, atacó Talavera y entró en ella (agosto de 1109), siguiendo su marcha hacia Toledo, tomando el castillo de Canales, en plena ilusión de reconquistar la emblemática ciudad. Esta ciudad pudo ser defendida con éxito por los cristianos, obligando a Alí, tras un mes de asedio, a levantar el cerco.

En Levante le tocaba actuar al ejército almorávide. Aunque Alí continuó respetando las buenas relaciones establecidas, por su padre, con el rey hudí al-Mustain. Pero, al morir éste en la batalla de Valtierra (enero de 1110), le sucedió inmediatamente su hijo Abd al-Malik, Imad al-Dawla. A consecuencia de esta batalla, en la que tuvieron los musulmanes gran mortandad, los zaragozanos quedaron divididos: los partidarios de los almorávides, aumentando día a día, fueron la mayoría, y no tardaron en llamar en su auxilio al gobernador de Valencia Muhammad ibn al-Hayy, que entró en Zaragoza el 31 de mayo de 1110, obligando al último régulo de los reinos de taifas, Imad al-Dawla, a huir y a refugiarse en el castillo de Rueda, sobre el Jalón, donde murió en 1130. Así, el Imperio almorávide consiguió, en esta época, la máxima expansión territorial en la Península. Mientras tanto, siguieron las luchas entre los nuevos conquistadores, por un lado, y los aragoneses y catalanes, por otro, en toda la Marca Superior y en Levante, desde Tortosa y Lérida, al Este, hasta Tudela, al Oeste. La ofensiva de los almorávides continuó a través de incursiones, por tierras aragonesas y catalanas, hasta ocupar las Baleares (en 1157) que, más tarde, se convirtieron en un señorío almorávide de los Banu Ganiya.

Los almorávides, que habían llegado a su máximo apogeo militar y político, de pronto empiezan a perderlo. En mayo de 1117, Alí, cruzó, por tercera vez, el Estrecho y desde Sevilla, capital de la región occidental, marchó con su ejército hacia Coimbra y la tuvo cercada veinte días, sin lograr tomarla. Mientras, en el Valle del Ebro, y tras la conquista de Zaragoza por Alfonso I el Batallador en diciembre de 1118, el monarca aragonés no se detiene y culmina su avance y el desmantelamiento del ex reino hudí tomando, entre 1119 y 1124, las ciudades y fortalezas importantes de la Marca Superior, desde Tudela, Tarazona, Borja, Calatayud, Daroca y Cutanda hasta Alcañiz.

La pacífica convivencia entre los almorávides y los andalusíes no podía subsistir; las relaciones entre ambos empiezan a deteriorarse. Los conquistadores africanos —como escribía Jacinto Bosch Vilá— comenzaban a ser vistos por la mayoría de la población como unos odiosos dominadores que, coartando su libertad con las prerrogativas concedidas a los alfaquíes, arruinaban al pueblo con nuevas exacciones que, en un principio, no existían, porque ellos mismos las habían condenado como ilícitas.

El retroceso almorávide

En 1121, y por primera vez en al-Andalus, se levantaron los cordobeses contra la administración almorávide. Se habían alzado por desmanes cometidos por gente del entorno de Ibn Ruwada. Alí tuvo noticia de lo ocurrido y, juzgando grave la situación, pasó a al-Andalus para enfrentarse con la rebelión, y ante su ejército se dirigió a Córdoba, acampando en sus afueras. Los alfaquíes cordobeses salieron a entrevistarse con Alí, tan devoto de ellos, para explicarle las razones de la justa rebelión; y apoyado por una fetua o dictamen de éstos, Alí reconoció la razón de los cordobeses y acabó por perdonarles. Esta revuelta era *el primer chispazo de un fuego latente que encendió el ánimo de los andalusíes.*

En septiembre de 1125, Alfonso I el Batallador salía de Zaragoza para realizar una profunda y prolongada incur-

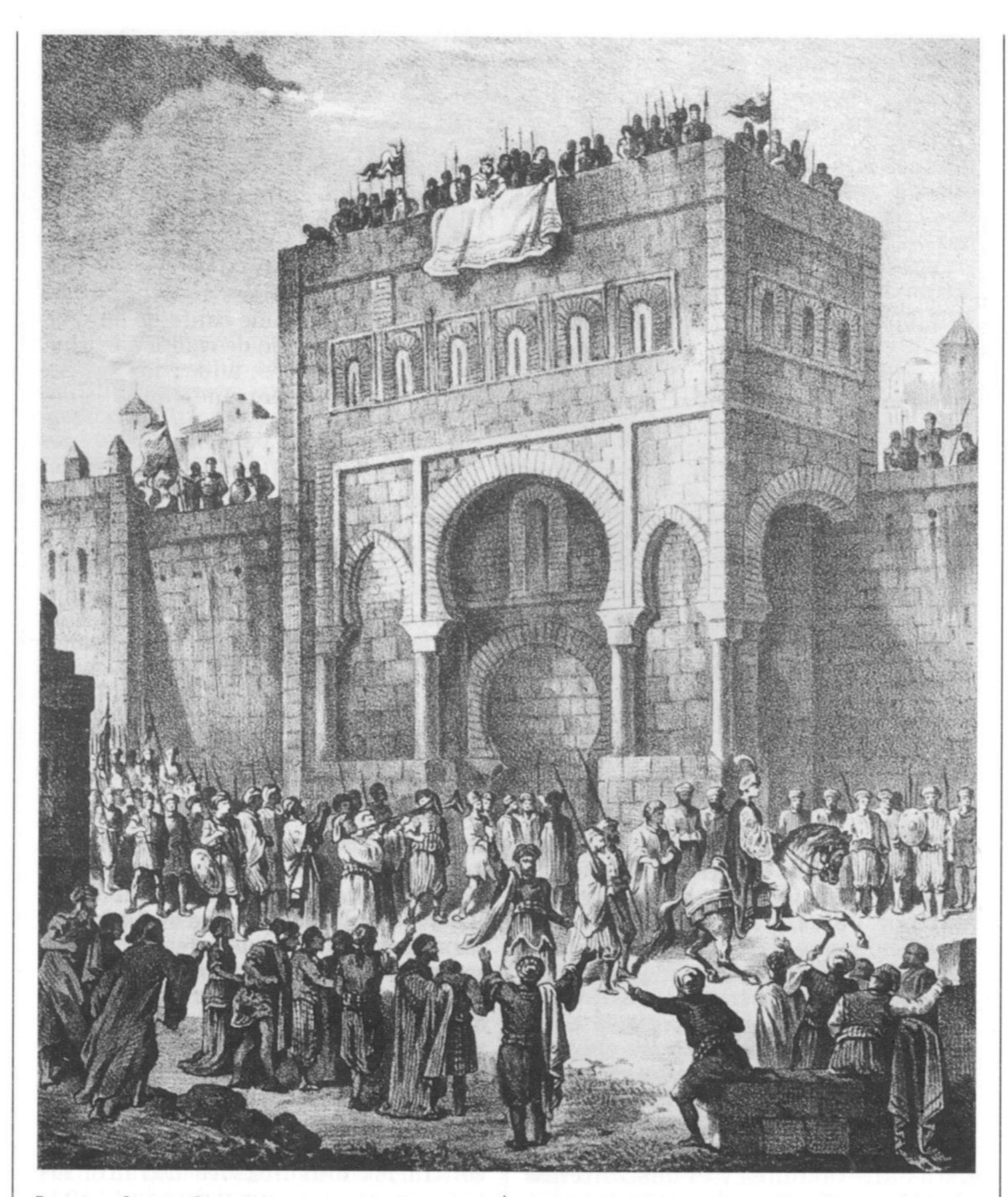


sión por Levante y Andalucía, pasando por las regiones de Valencia, Alcira, Denia, Murcia, Granada hasta llegar al mar por Vélez Málaga. Esta audaz expedición, que duró más de un año, y que en su retirada recogió una parte considerable de cristianos *mozárabes* hostigados, causó gran sorpresa a las autoridades almorávides y les obligó a restaurar las fortificaciones de al-Andalus. Entonces los gobernadores tuvieron que ordenar más impuestos, lo que provocó tumultos y reclamaciones. Estas alteraciones y el descontento iban creciendo día a día, mientras los almorávides continuaban su defensiva contra el avance cristiano. El monarca aragonés aspiraba a la conquista del Levante y en particular de Valencia, sobre la que soñaba hacer una base de partida para una cruzada en Oriente; se apoderó de Cella (1127) y de Molina de Aragón (1128) para asegurar los puestos fronterizos que le permitieran aventurarse de nuevo hacia Valencia. Emprendió, en 1129, una campaña hacia Levante venciendo a los almorávides en el Campo de Cullera.

En el impulso de la victoria, Alfonso I siguió ocupándose de los enclaves orientales como Mequinenza (1132) Escarpe (1135) y de allí fue el Batallador, que había logrado sus triunfos sobre los almorávides desde la conquista de Zaragoza, a cercar Fraga, donde fue vencido y derrotado en julio de 1134 por el emir Yahya ibn Ganiya, uno de los mejores generales almorávides y destacado personaje en la historia final de la dinastía lamtuna. Dos meses después de la batalla de Fraga, murió Alfonso I, que luchó contra los musulmanes durante los treinta años de su reinado (1104-1134). Le sucedió su hermano Ramiro II el Monje; éste y el conde Ramón Berenguer IV de Barcelona continuaron la empresa de Alfonso I, conquistando las demás plazas de la Marca Superior y de Levante como Tortosa (1148) y Lérida (1149).

Levantamientos y fin

Después de la campaña devastadora de Alfonso I por al-Andalus (1125), y en medio del caos en que parece sumi-



Los musulmanes levantan el cerco de Toledo en el año 1139 (grabado de Serra, siglo XIX)

do, por aquellas fechas, el poder almorávide, Alí decidió sustituir a su hermano Tamin en el gobierno de al-Andalus por su hijo Tasufín en 1126. Este protagonizó la política almorávide frente a Castilla y comenzó una nueva etapa de acciones militares en la Frontera Media; sus tropas efectuaron sus ataques contra la región de Toledo, tomando el castillo de Aceca (agosto de 1130), siempre en un fracasado anhelo de reconquistar la inaccesible ciudad. Tasufin prosiguió sus victoriosas campañas de la Guerra Santa por la frontera del Tajo atacando las tientas y castillos de Alfonso VII, llevándose cautivos y botín. En el año 1138 regresó definitivamente para ser nombrado, tras la muerte de Sir, su hermano mayor, príncipe heredero. En aquella época, los acontecimientos sufrieron un brusco giro. La aparatosa victoria musulmana de Fra-

ga contra Alfonso I, y el ataque frustrado de los almorávides que acudieron a sitiar Toledo en 1139, en respuesta a Alfonso VII de Castilla, que había ido a sitiar y a apoderarse dcl castillo de Oreja —al Este de Madrid—, son episodios importantes de la guerra de frontera entre musulmanes y cristianos. Los acontecimientos se precipitaron, acelerándose de una manera vertiginosa el movimiento almohade y los levantamientos andalusíes.

La dinastía lamtuna almorávide, tras la aparición del movimiento almohade, iba a ser amenazada en el Magreb por la reforma religiosa integrista predicada, desde 1120, por el Mahdi (guía inspirado por Dios) Muhammad ibn Tumart, una nueva ideología religioso-política que alcanzó difundirse en oposición al formalismo maliki de los almorávides, formando así cuerpos de ejércitos con el fin de apoderarse de todo el Magreb. Al morir Ibn Tumart (1130), le sucedió su discípulo, e hijo espiritual, Abd al-Mumin como jefe político del *renovador* movimiento almohade. Fue proclamado califa en 1132 y emprendió una serie de campañas contra los almorávides, adueñándose de todo el Magreb y entrando en la capital, Marrakech, en 1147, poniendo fin al poder almorávide en la zona.

Difusión cultural

Por Juan Vernet
Catedrático de Arabe de la Real Academia de la Historia

Las primeras noticias sobre la existencia del pueblo almorávide, que pastoreaba a orillas del Senegal, debieron llegar a al-Andalus en el año 1069, cuando éste había cruzado ya el *mar de arena* del Sahara y *desembarcado* en la planicie del norte del Atlas en la que iban a fundar, poco después, Marrakech. Las crónicas cuentan que el rey taifa al-Mutadid de Sevilla había vivido obsesionado toda su vida porque en su horóscopo se profetizaba que un pueblo de fuera de la Península pondría fin a su dinastía (los *abbadies).* Cuando era joven lo había interpretado en el sentido de que los bereberes andalusíes eran los aludidos y, en consecuencia, los combatió y casi los aniquiló a lo largo de su vida. Ya en el lecho de muerte le llegó la noticia de la aparición de los lamtunas o almorávides que surgían en las llanuras del sur de Marruecos e inmediatamente, mandó reforzar las guarniciones de Gibraltar y otras plazas fuertes del Estrecho. La predicción no se cumplió entonces, pero sí bajo el reinado de su hijo al-Mutamid, que fue destronado y desterrado por los africanos.

¿Qué tipo de horóscopo fue levantado por los astrólogos? Podía ser el genetlíaco, cosa posible dado que su padre, Abu-l-Qasim Muhammad ibn Abbad (1027-1042), tenía medios suficientes para pagar a los estrelleros a fin de que escrutasen el cielo hasta el momento del nacimiento de cualquiera de sus hijos. Pero en este caso parece difícil que, a partir de él, se estableciera el destino de una dinastía. Más probable es que utilizaran el sistema de las grandes conjunciones (de Júpiter y Saturno) que se repiten aproximadamente cada veinte años y que era ya conocido en al-Andalus; que no obligaba a observaciones tan exactas y que podía determinarse con la ayuda de unas tablas astronómicas (conjunciones de Júpiter y Saturno de 1067 y 1086). Ese fue el sistema explicado vagamente por Abu Marwán al-Istichchí (el de Ecija), que vivía en aquella época.

Los almorávides conquistaron al-Andalus a lo largo de unos veinte años (batalla de Zalaca, 1086, y toma de Zaragoza, 1110) y constituyeron el dique que impidió a Alfonso VI de Castilla y al Cid realizar su sueño: terminar, durante sus vidas, con el dominio musul-



Globo celeste de la primera época de la invasión almorávide (Biblioteca Nacional, París)

mán de la Península. Tradicionalmente se acusa a los almorávides de haber puesto fin al esplendor cultural de la época taifa. Pero, al pie de la letra, esta afirmación no se mantiene: durante su escaso medio siglo de dominación, en al-Andalus se difundieron los descubrimientos matemáticos del rey taifa (m. 1085) al-Mutamán de Zaragoza; Avempace brilló como filósofo; Chábir ibn Aflah como astrónomo; Avenzoar como médico; Abu Salt de Denia como ingeniero; Idrisí y Zuhrí como geógrafos; Ibn Quzmán como poeta popular —la poesía clásica es cierto que experimentó un declive— y Averroes (m. 1126) *el abuelo*, llamado así por la posteridad para distinguirlo del Averroes *el nieto* (m. 1198). Este último es el estudiado por la cristiandad y su importancia fue señalada ya en el siglo pasado, entre otros por Renan. Es más: en esa época hubo que prohibir la venta de libros a judíos y cristianos, pues éstos *los copiaban y los ponían a nombre de sus obispos*.

Esplendor desconocido

Veamos un poco en detalle lo que significan los nombres traídos a colación. La correspondencia de Avempace (Ibn Bachcha, m. h. 1138), publicada recientemente, y el hallazgo de manuscritos fragmentarios y anónimos hasta hoy —pero identificados a partir de 1985— del *Kitab al-Istikmal* de al-Mutamán cambian mucho la idea que teníamos del desarrollo de las matemáticas en al-Andalus. El rey de Zaragoza disponía en su biblioteca de las obras de Euclides, Tolomeo, Apolonio, Arquímedes, Eutocio, Teodosio, Menelao, Banu Musa, Tábit ibn Qurra, Ibrahim ibn Sinan, Alhacén, etcétera, y supo establecer nuevos desarrollos a partir de ellos, simplificando en unos casos los teoremas y demostraciones de esos autores. Pero no fue sólo eso: es en el *Istikmal* donde aparecen por primera vez teoremas como el atribuido hasta ahora al italiano Giovanni Ceva (1678), y soluciones mucho más *elegantes* de problemas que, como el de Alhacén, fueron sólo superados en Europa en el siglo XVII.

A su lado y al de sus sucesores, incluyendo en esto a los almorávides que ocuparon Zaragoza en el 1110, figura Ibn Bachcha, quien sostuvo una correspondencia *científica* con su amigo Abu Cháfar ibn Hasday, que vivía en Egipto. El zaragozano demuestra conocer en detalle la obra del máximo astrónomo peninsular de todas las épocas, Azarquiel (m. 1100), y confirma lo que ya se sospechaba por otras fuentes: que él personalmente, mientras vivía en la capital de Aragón, se había consagrado al cultivo de la música y había inventado el ritmo del zéjel que ha llegado hasta nuestros días y que se utiliza por igual en Oriente (crítica política) y en Occidente. Con razón Ibn Quzmán, casi coetáneo suyo y el mejor autor de las cancioncillas en cuestión, sólo pudo vanagloriarse de haber transformado un género difícil (tal como lo dejó Ibn Bachcha) en fácil y —digámoslo todo— propio para temas ligeros. Ante Ibn Quzmán y la envergadura de su obra, la poesía clásica (Ibn al-Jafacha, Ibn al-Zaqqaq y bastantes más) puede dejarse de lado en este resumen.

La vida de Ibn Bachcha —que ejerció de ministro junto a gobernadores de muy distinto pelaje— fue accidentada, acabó en la cárcel y fue perseguido varias veces. Incluso es posible que tomara parte en la batalla del Congost (1115) contra los barceloneses. Pero como el poder le gustaba, fue emigrando hacia el sur hasta instalarse en Marruecos, centro del Imperio almorávide que, entonces, iba desde el Senegal hasta el Ebro. Vivir junto al Emir de los Musulmanes equivalía a mostrar querencias políticas y ganarse amigos y enemigos. Fue víctima de sus intrigas, que con frecuencia le llevaron a la cárcel de donde una de las tantas veces le sacó el cadí de Córdoba, el gran jurisconsulto Averroes *el abuelo*. Parece que una de las frecuentes intemperancias de Ibn Bachcha irritó de tal modo al por otra parte gran médico, Avenzoar (1091-1161) que éste se libró de él enviándole una berenjena deliciosamente cocinada pero previamente rellena de veneno.

Abu Marwán ibn Zuhr, el Avenzoar de los traductores latinos, es el representante en la época almorávide de una familia que, a lo largo de cinco generaciones, ejerció la medicina en al-Andalus y cuyos miembros escalaron con frecuencia altos cargos durante las sucesivas administraciones de taifas, almorávides y almohades. Abu Marwán es el primer médico que describe el absceso de pericardio y uno de los

primeros que recomiendan la traqueotomía y la alimentación artificial por el esófago o por el recto. Además, fue uno de los pocos médicos medievales que identificó el agente causante de la sarna.

Todas las ciencias

La trigonometría esférica había sido ampliamente desarrollada durante la época de las taifas por Ibn Muad y fue utilizada ahora por el astrónomo Chábir ibn Aflah, quien escribió un tratado general de astronomía y pretendió enmendar el *Almagesto*. Las correcciones, de no mucha entidad, muestran el error en que se incurre frecuentemente al considerar a la ciencia islámica como mero trasunto de la griega. Los científicos musulmanes, cuando lo creyeron justo, no vacilaron en apartarse del aforismo de *el maestro dijo* y expusieron nuevas teorías considerando (así se expresa Alhacén) que si Dios hubiera concedido el conocimiento de la Verdad a todos los sabios, éstos no discreparían entre sí. En consecuencia, los grandes científicos andalusíes y musulmanes creyeron en la libertad de investigación y de cátedra.

Personaje polifacético fue Abu Salt de Denia (m. 1134), quien pasó buena parte de su vida en el Norte de Africa (Alejandría, Túnez) y, aparte de construir un nuevo modelo de ecuatorio, aparato o nomograma destinado a conocer las posiciones de los planetas geométricamente y sin cálculos, escribió una casida en la que describía el astrolabio. Durante su estancia en Egipto intentó rescatar, por encargo del gobierno, el cobre de un pecio hundido frente a Alejandría: a pesar del empleo de polipastos y fuertes cuerdas de seda fracasó cuando estaba a punto de tener éxito y verse ya el casco del buque. Este desastre le llevó a la cárcel, que, en su caso, se escogió que fuera la biblioteca de la ciudad, lo cual contribuyó a su enriquecimiento cultural.

Fue en época almorávide cuando los andalusíes se dieron cuenta de la gran superioridad de su cultura con respecto a la occidental e, incluso, oriental. Lo hemos apuntado más arriba al hablar de la prohibición de vender libros árabes a no musulmanes. Pero no basta sólo con prohibir, sino que hay que tener la autoridad suficiente para hacer cumplir lo dispuesto. Y ésta, en la Península, no existía: la caída de Toledo, Zaragoza y Almería puso en manos enemigas gran cantidad de obras que pronto fueron traducidas al latín, en su mayor parte, a petición de clérigos ultramontanos.

Los textos que se tradujeron fueron los que encontraron en las bibliotecas de los territorios ocupados o los que les facilitaban los musulmanes voluntariamente; otras veces los obtuvieron por coacción. Es el caso del esclavo de Ramón Llull que, forzado por éste, tuvo que enseñarle el árabe y cuanto sabía. O el del científico Abu-l-Qásim Muhammad ibn Abd al-Rahmán al-Ruwayt quien, hecho prisionero por un clérigo en la toma de Almería por Alfonso VII de Castilla (1147), fue coaccionado por aquél, según testimonio de al-Zuhrí, quien dice: *Abu-l-Qásim... al-Ruwayt, uno de los amigos de al-Mustain... Sayf al-Dawla, nos informó que fue hecho prisionero y transportado a Roma y Constantinopla. Era hombre de claro entendimiento, experto en jurisprudencia, literatura y ciencias exactas. El cristiano que se adueñó de él era un sacerdote de su país quien le dijo: «Ven conmigo a Santa María y allí te dejaré en libertad.» Se lo llevó consigo tanto por su sabiduria como por sus conocimientos científicos. Refiere este hombre que en su compañía visitó Jerusalén en el año 1146, año en que estaba en manos de los cruzados. En el año 1154 le pregunté en la ciudad de Segura...*

Trasvases culturales

Lo más corriente era que no se diesen excesos. Los sabios europeos, ya en la primera mitad del siglo XII, optaron por venir a España. Unos aprendieron el árabe y llegaron a traducir por sí mismos los libros que les prestaban los obispos, que habían pasado a ser dueños de las bibliotecas de los vencidos. Es el sistema de traducción que se llama *a dos manos* y que se ha mantenido hasta nuestros días. Los que no aprendían la lengua buscaban a un judío o cristiano (raras veces un musulmán) que supiera árabe, le contrataban para que leyera en voz alta el texto en lengua vulgar o romance, y ellos lo escribían en latín (*traducción a*

cuatro manos). Algún manuscrito, al principio o al fin o en notas, nos informa de estos detalles.

Dos de esos clérigos —hubo muchos más— llaman la atención aun en pleno período almorávide como mecenas: el arzobispo don Raimundo de Toledo (1125-1152), que pasa por ser el creador de la llamada Escuela de Traductores de Toledo, y el abad Pedro el Venerable de Cluny. Pero las grandes traducciones, prescindiendo de las de los siglos X y Xl, habían empezado ya antes: Juan de Sevilla —fuera o no hijo del conde mozárabe Sisnando, que parece haber sido consejero de al-Mutamid de Sevilla y, con seguridad, de Alfonso VI en 1085— parece haber empezado su actividad en el primer cuarto del siglo Xll. Simultáneamente, aparecieron focos de traductores en Toledo, Barcelona, Tarazona, Zaragoza y otras ciudades de la Península con dos características comunes: la búsqueda en especial de manuscritos de filosofía y ciencias exactas (incluyendo en éstas la astronomía/astrología) y el que todos ellos, al menos en esta época, se conocían o tenían relación escrita entre sí, aunque trabajaran en ciudades distintas y de modo independiente. Así, la traducción por dos autores de la misma obra apenas existe y hace el efecto de que hubieran pretendido verter al latín el máximo de textos árabes en el mínimo tiempo posible.

Simultáneamente, se produce otro fenómeno: la emigración de la ciencia autóctona andalusí hacia el Próximo Oriente y tal vez hasta la India. Este hecho se debe a varias causas: la difusión del papel, que permitía hacer múltiples copias a precio relativamente barato; la seguridad cada vez mayor de las aguas del Mediterráneo y la necesidad del transporte de los ejércitos cruzados y materias estratégicas hacia Oriente, que los musulmanes compensaban con la exportación de objetos de lujo, especias, joyas, etcétera. Así se explica que libros andalusíes como la *Historia de la Ciencia del cadí Said de Toledo, el Istikmal* o la *Astronomía* de Chábir ibn Aflah figuraran ya, en la segunda mitad del siglo Xll, en los anaqueles de las bibliotecas egipcias e incluso en las de Yemen.

Al mismo tiempo, los magrebíes se habían formado una imagen del mundo gracias a dos geógrafos suyos bien documentados: al-Idrisí (1101-1165), nacido en Ceuta, no sólo fue relativamente un gran viajero, sino que entró al servicio del rey Roger II de Sicilia, quien le facilitó todos los medios materiales para que obtuviera toda la información que deseara de los múltiples mercaderes que tenían su domicilio en la isla o pasaban por ella, e incluso le permitió que subvencionara a algunos para que se desviaran de sus rutas habituales y pudieran allegar información de tierras vecinas a las de su destino. El otro geógrafo aludido, al-Zuhrí (h. 1150), era andalusí, fue testigo presencial de muchos de los curiosos acontecimientos que narra y para algunos sus noticias son irremplazables.

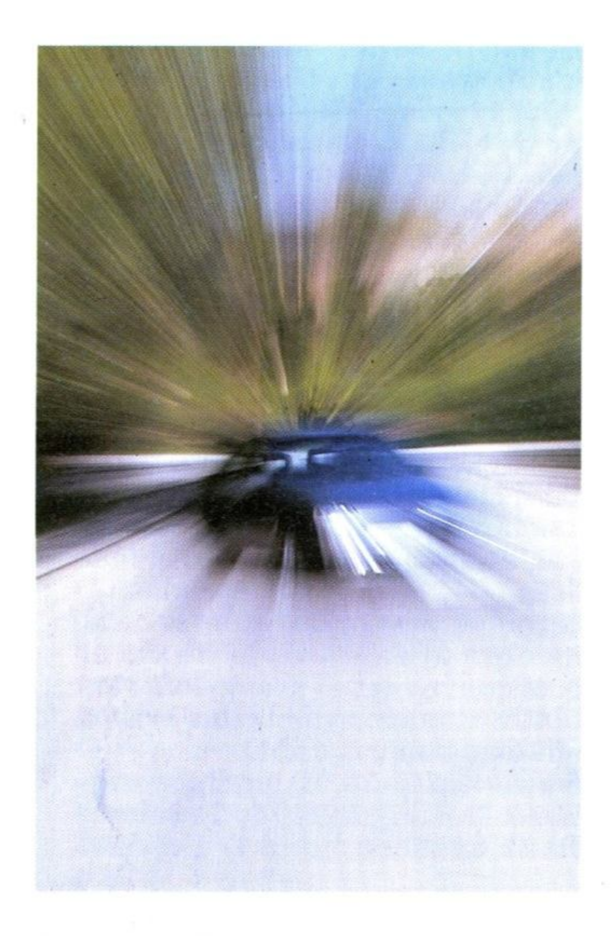
Bibliografía

El siglo XI en primera persona. Las «Memorias» de Abd Allah, último rey Zirí de Granada, destronado por los almorávides (1090), trad. E. Lévi-Provençal (Ob. 1956) y E. García Gómez, Madrid, Alianza Editorial 1980. Ibn Abdun, *Sevilla a comienzos del siglo XII,* trad. E. García Gómez y E. Lévi-Provençal, Madrid, 1948; Sevilla, 1981. Al-ldrisi (m. 1165), *Description de l'Afrique et de l'Espagne,* ed. y trad. R. Dozy y M. J. de Goeje, 1866; reimp. Leiden, E. J. Brill, 1968. Al-Idrisi (m. 1165), *Los caminos de al-Andalus en el siglo XII,* ed. y trad. J. A. Mizal, prólogo M. J. Viguera, Madrid, CSIC, 1989. Al-Zuhri (m. ap. 1150), *El mundo en el siglo XII,* trad. D. Bramón, prólogo J. Vernet, Barcelona, Ed. Ausa, 1992. J. Bosch, *Los almorávides,* Tetuán, 1956; 2.ª ed., con estudio introductorio por E. Molina, Publicaciones de la Universidad de Granada, 1990. E. García Gómez, *Andalucía contra Berbería,* Universidad de Barcelona, 1976. V. Lagardère, *Le Vendredi de Zallaqa,* París, ed. L'Harmattan, 1989. J. Samsó, *Las ciencias de los antiguos en al-Andalus,* Madrid, Ed. Mapfre, 1992. D. Urvoy, *Penseurs d'al-Andalus. La vie intellectuelle à Cordoue et à Seville au temps des empires Berbères (fin XIe-début XIIIe),* Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1990 (obra de especial interés). J. Vernet, *Ce que la culture doit aux arabes d'Espagne* (trad. actualizada de *La cultura hispano-árabe en Oriente y Occidente),* París, Ed. Sindbad, 1985. M. J. Viguera, *Los reinos de taifas y las invasiones magrebíes,* Madrid. Ed. Mapfre, 1992.

Un gran número de accidentes de circulación son imputables al factor humano, y entre ellos destaca la conducción a una velocidad excesiva en función de las características del vehículo, de la vía o atmosféricas.

La velocidad es esencial para la seguridad vial. Respecto a la velocidad existen certezas que no precisan ni siquiera demostración y son 1.º) a mayor velocidad la posibilidad de sufrir un accidente es mayor, y 2.º) si se produce el accidente, cuanto mayor sea la velocidad mayores, o más graves, serán las consecuencias de éste.

Las altas velocidades exigen una mayor atención del conductor a todo tipo de circunstancias. De acuerdo con el primero de los axiomas los riesgos de accidente aumentan con el incremento de la velocidad porque a mayor velocidad se reducen capacidades de respuesta, aumentando, por el contrario, las exigencias. A mayor velocidad, mayor será la distancia de frenado, mayor el tiempo de reacción, mayor la separación entre vehículos, mayor la distancia de seguridad, etc. Esto es, un aumento de velocidad lleva consigo un incremento del riesgo.



Para hacerse una idea aproximada de todo esto basta con saber por un lado, que cuanto mayor sea la velocidad, más metros se recorren en un segundo (ejemplo: a 120 km/h se recorren 33,3 m), y por otro lado, que la distancia de detención de un vehículo es proporcional al cuadrado de la velocidad (por ejemplo a 120 km/h ésta sería de 144 metros).



